

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

UN RASGO DE HUMANIDAD

Kelltom McIntire





PUNTO ROJO



KELLTON McINTIRE

UN RASGO DE HUMANIDAD

Colección **PUNTO ROJO** n.º 983
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 38.625 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1981

© Kellton McIntire - 1981

texto

© R. Cortiella - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1981

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.729 — Un triste final.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.591 — Jenny Tucson, detective privado.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.058 — Sed de odio, sed de sangre.
- En Colección CALIFORNIA:
812 — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
1.030 — Derrota y victoria.
- En Colección BRAVO OESTE:
626 — Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818 — El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635 — Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138 — Contratados para morir.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL
66 — Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO:
982 — El vicio de matar.
- En Colección COLORADO:
1.069 — Unidos por el odio.

CAPÍTULO PRIMERO

La primera vez que vi a Paul Curtis fue el día primero de febrero de 1966.

Ocupaba la celda 16 de la sección de «violentos» del Sanatorio Psiquiátrico de la Fundación Aldeman.

Paul ocupaba un rincón de la celda. Se encontraba a gatas, con la cabeza apoyada en el suelo de blando plástico, y en tan difícil posición jugaba a proyectar sombras chinescas.

Miré la ficha rellena por el médico de guardia que le había recibido la noche anterior.

Según ésta, Paul Curtis tenía veintiséis años, era viudo y padecía esquizofrenia paranoide.

Era un joven muy bien parecido.

Alto, moreno, de cabellos lisos y espesos, frente despejada, ojos un poco hundidos, pómulos prominentes, nariz un tanto aguileña, boca de labios finos, bien delineados, y mentón redondo.

Su porte físico era el de un atleta. Sus hombros estaban bien desarrollados y sus abultados bíceps y tríceps delataban al hombre sano que ha practicado los deportes con suma dedicación.

Su tono de piel era bronceado. No tenía marcas especiales ni defecto físico alguno.

Cualquiera puede leer en el diccionario lo que significa la palabra paranoia. El que yo tengo más a mano en mi despacho dice:

«PARANOIA. F. Pat. Enfermedad mental caracterizada por concepciones delirantes fijas y de curso progresivo, que corresponde al que se denomina hoy delirio de interpretación. El paranoico suele sufrir frecuentes alucinaciones».

A lo largo de mi trabajo profesional como psiquiatra y

psicoterapeuta, yo había conocido a numerosas personas afectadas por la paranoia.

Pero confieso aquí que ningún caso tan extraño y delirante como el de aquel agradable joven de veintiséis años llamado Paul Curtis.

Por otra parte, Curtis era miembro de una acaudalada familia de la ciudad donde yo vivía. Los Curtis no eran de esas personas que ostentan su nombre en fábricas, talleres, cadenas de supermercados, concesionarias de automóviles o compañías distribuidoras de bebidas carbónicas.

Los Curtis poseían numerosos intereses en la mayor parte de las ciudades importantes de la costa Este, pero su nombre sólo figuraba en las cuentas bancarias y en las agendas de los agentes de bolsa y los más importantes financieros.

Prácticamente, nadie sabía cuánto dinero poseían, aunque se les atribuía la fortuna más sólidamente inconvencional del Estado.

Aquella mañana, yo había encontrado sobre mi mesa una nota de Malcolm Stevens, el director del Sanatorio Psiquiátrico, recomendándome a Paul Curtis.

«Te ruego que te ocupes de él con la mayor atención, Jack. Los Curtis son gente muy importante e influyente. Al parecer, Paul posee una historia clínica considerable, pero es la primera vez que su abuelo le envía a nuestro Sanatorio.

»Importa quedar bien con esta familia. Es inútil decirte que los Curtis no repararán en gastos».

Como puede apreciarse, Malcolm Stevens no es lo que puede tomarse como *un médico por vocación*. Excesivamente relacionado con los personajes más influyentes de la ciudad, poseía la suficiente experiencia como para progresar rápidamente.

Para mí, voy a decirlo, Paul Curtis sólo era un enfermo más. Y esto quiere decir, simple y llanamente, que dedicaría a este joven guapo, simpático y atlético tanta atención como a los demás casos de los que me ocupaba habitualmente.

Malcolm Stevens aseguraba en su *nota de recomendación* que Paul Curtis «poseía una historia clínica considerable», lo cual venía a significar que aquel muchacho que continuaba delante de mí a

cuatro patas y moviendo curiosamente los dedos invertidos podía ser un enfermo difícil.

Le había estado observando durante varios minutos, esperando que me descubriera por sí mismo y variara su actitud. Pero viendo que seguía dedicado al raro juego de las sombras chinescas, penetré en la celda y dije en voz alta:

—Buenos días, Paul. Soy el doctor Jack McDowell. ¿Te gustaría hablar un rato conmigo?

Los largos dedos que se movían en el suelo como hombrecillos se detuvieron, rígidos.

Luego se dejó caer de costado, se incorporó a medias y me miró.

Fue una mirada profunda, intensa.

Luego, inesperadamente, su alarido resonó en la celda.

—¡¡Nooooo!! —chilló.

Antes de que pudiera apercibirme, saltaba ágilmente sobre mí y me golpeaba bajo la nariz.

Sentí un dolor vivísimo y retrocedí de espaldas, mareado.

Luego... No sé muy bien lo que sucedió, pero según los testimonios de los dos enfermeros que acudieron a auxiliarme, Paul Curtis estaba sobre mí, me estrangulaba con sus largas y fuertes manos y parecía a punto de arrancarme una oreja de un mordisco.

Imagino que cualquier otra persona hubiera enviado al diablo a Paul Curtis, aunque se tratase del heredero de una familia riquísima.

Pero a mí me interesaba mucho la reacción de aquel hombre, tan atípica en un paranoico.

Los enfermeros me libraron de las garras de Paul y me llevaron rápidamente a la sala de curas donde un cirujano me cosió el lóbulo de la oreja derecha. Pocos minutos después, recuperé el sentido.

No me dolía la oreja, pero sí la garganta, y sobre todo, mi nariz, casi arrancada en su parte inferior por el feroz golpe que Paul me había asestado.

El doctor Purdom y los enfermeros me miraron con interés y compasión. Yo estaba imaginando sus pensamientos.

—Es lo que tenemos que soportar de los riquísimos «hijos de papá».

De todas formas, Purdom intentó disuadirme de volver a la celda número 16.

Pero yo no le escuché.

Quería averiguar la razón de aquel injustificado y feroz ataque.

Naturalmente, los dos robustos enfermeros me acompañaron, en previsión de que se repitiera el ataque.

Curiosamente, la actitud de Paul había variado por completo.

No pareció reconocermé cuando la puerta se abrió, sonreía agradablemente y su actitud parecía la propia de un educado chico de la mejor familia.

—¡Hola! —dijo alegremente—. Imagino que usted es el psiquiatra.

Vi de reojo las pasmadas expresiones de los enfermeros, pero no reparé demasiado en el brusco cambio en la conducta del enfermo.

—En efecto, Paul —dije—. Soy el doctor Jack McDowell. ¿Te gustaría hablar un rato conmigo?

Yo acababa de pronunciar la misma frase que le había enfurecido locamente cuarenta minutos antes y esperaba su reacción violenta.

Pero tal reacción no se produjo. Por el contrario, avanzó hacia mí con la mano extendida, estrechó cordialmente la mía y respondió, sin perder aquella amable sonrisa:

—Encantado de tenerle aquí, doctor McDowell. Y, desde luego que sí, estaba deseando hablar con alguien tan comprensivo como usted. ¿Quiere pasar?

Aquella celda era de seguridad, y no disponía de ningún mueble. Sólo las paredes acolchadas y el suelo de un aglomerado plástico.

Sin embargo, avancé dentro de la habitación, me di la vuelta y miré a Curtis.

—Me gustaría poder ayudarle, Paul —dije, observándole francamente—. Al parecer, sufrió un cierto desequilibrio mental.

—Así es, doctor —dijo tranquilamente. Estos ataques suelen ocurrirme con frecuencia *desde que maté a mamá*.

Le miré con cierta prevención. ¿Era aquélla su idea fija?

De todas formas, yo le superaba en estatura, en peso y probablemente en músculos. Y estaba prevenido para cualquier ataque.

—Ajá —dije, simulando tomar unas notas—. Dice que le ocurre con frecuencia. Y el motivo... —repetí, temeroso de no haber oído bien.

—Sí. Yo creo que comencé a sufrir esas alteraciones cuando golpeé a mamá —se había cruzado de brazos y apoyaba la espalda en la pared acolchada. Su semblante resplandecía de ingenuidad y pureza—. Mamá estaba sentada en el inodoro cuando la golpeé en la cabeza con un candelabro de bronce. Estaba leyendo un tebeo y canturreaba una canción de Simón and Garfunkel. Le gusta ese tipo de música, ¿sabe? Quiero decir —añadió con una encantadora sonrisa—, le gustaba, porque hace años que murió. El candelabro pesaba seis kilos. Demasiado peso para su cabeza hueca. Y no crea que soy un asesino... ¿Puede creerme?

—Naturalmente, Paul —dije.

En la puerta estaban los enfermeros, más nerviosos de la cuenta.

—No pude contenerme cuando dijo que ella había matado a Cheryl-Mary —continuó Curtis—. Ella me lo acababa de confesar. Dijo que había emborrachado a Cheryl-Mary y que después la llevó a su «Chevy» convertible, arrancó el motor y... la dejó ir cuesta abajo. Naturalmente, mi hermana se mató. Encontraron el coche en el fondo de un precipicio de ciento cincuenta metros de profundidad, convertido en chatarra. ¡Imagínese cómo quedaría mi hermana!

Parecía absolutamente tranquilo. Tan tranquilo como quien describe una azarosa pero compensadora jornada de caza.

—Me lo imagino perfectamente, Paul —convine—. Pero pongamos las cosas en orden. Su madre mató a su hermana, Cheryl-Mary. Pero ¿por qué?

Curtis unió ambas manos rígidas y las apoyó bajo su aguileña pero atractiva nariz.

—Cheryl-Mary no era hija de mamá. Era una hija bastarda que papá trajo a casa. ¿Comprende el problema? Mi padre obligó a mi madre a aceptar a Cheryl-Mary, que era hija de una guapa prostituta y de mi propio padre. Hoy, pasado el tiempo, puedo comprender mejor a mi madre. ¡Se sintió tan humillada, eso es! Pero en aquel momento, cuando ella confesó cómo había matado a Cheryl-Mary, a la que yo quería tanto, no pude contenerme y...

Sus labios temblaron y temí que volviera a sufrir un nuevo ataque. Pero no sucedió nada de aquello.

Para mi sorpresa. Curtis sonrió encantadoramente, me miró con toda franqueza y añadió con gran sensatez:

—Usted parece un hombre muy inteligente, doctor McDowell.
¿No le parece que tuve motivos para hacer lo que hice con mamá?

Naturalmente, no supe qué decir. Me sentía hondamente preocupado.

CAPÍTULO II

—Estaba en el «Space Club», una discoteca de élite situada en el kilómetro doce de la carretera a Wendon Wells. Llevaba con él a una guapísima mujer rubia de unos treinta años. Se sentaron en esta misma mesa —el camarero señaló la mesa en la que se habían acomodado Paul Curtis y su acompañante—. Pidieron unos combinados flojos y estuvieron viendo una de las atracciones. Las complicaciones empezaron cuando pasó junto a él una señora de unos cincuenta años.

—¿Qué ocurrió entonces? —pregunté al camarero.

Tragó saliva.

—Le juro, doctor, que jamás he asistido a un incidente más insólito e irracional —relató el hombre, impresionado—. El señor Curtis se quedó mirando a aquella mujer, demasiado gruesa y ajada para mi gusto. Y de pronto, comenzó a barbotar insultos soeces, increíbles, lo más grosero que he oído en mi vida. La mujer se volvió un momento. Por su expresión, comprendí que no creía de ninguna forma que aquellas puercas palabras fueran dirigidas a ella. Imagino que la movió la curiosidad...

—¿Y?

—Él se lanzó sobre ella como un tigre. A falta de algo mejor, cogió la lámpara de la mesita y... se la estampó en el cráneo. La gente gritó de espanto cuando la mujer cayó al suelo. Pero él estaba ahí —el camarero señaló el lugar justo, al borde de la pista—, despotricando y accionando como un poseso. Gritaba, chillaba y bramaba como un energúmeno.

—¿Qué dijo exactamente, Chad? —pregunté al camarero.

—No lo recuerdo literalmente, pero fue algo así como un desgarrado y furioso: ¡Vuelve con las mismas, sucia pécora! ¿Quién te autorizó a abandonar la fosa? Naturalmente, nadie comprendió una palabra de todo aquello. La gente que llenaba la sala

permanecía literalmente paralizada. Miedo, usted sabe lo que quiero decir. Y la verdad, es que ese tipo, Paul Curtis, parecía un verdadero diablo, con su guapo rostro convertido en una máscara de odio, los cabellos encrespados y chirriantes los dientes.

—Pero alguien debió intervenir —suscité.

—Sólo cuando nos dimos cuenta de que la señora estaba sangrando. Llamé a gritos a los dos «gorilas» que tenemos para solucionar estos casos. Cuando Wayne y Cooper llegaron a la pista. Curtis sonrió humildemente y... cuando Wayne iba a tomarle por un brazo, le arreó una tremenda patada en los testículos. A Cooper —un semi-pesado bastante famoso en los cincuenta— no le fue mucho mejor. Al inclinarse para ayudar a su compañero, Curtis le golpeó en la garganta con el codo. ¿Qué puedo explicarle? Cooper está en el hospital y su estado es grave. Pero no importa, doctor McDowell: los Curtis han tapado las bocas de sus familiares llenándoselas de dólares. Otro tanto ha ocurrido aquí, aunque no debería decir estas cosas. Ya sabe que el dinero todo lo puede —terminó Chad, con acento triste.

Todavía no me había dicho cómo terminó la violenta aventura nocturna de Paul Curtis, en aquel lujoso local llamado «Space Club».

Pero no me iba a marchar sin conocer la historia completa. Y se lo pregunté.

Dijo que habían sido necesarios más de catorce hombres para sujetar y reducir a Curtis.

—Es un hombre sumamente peligroso. O mejor dicho, un verdadero loco, doctor —dijo el camarero—. Yo lo he visto llegar aquí, saludar finamente a todo el mundo, invitar a sus amigos, aplaudir amablemente, dejar generosas propinas, sonreír como un caballero... Pero también le he visto reconcentrado, crispado, furioso, loco por estallar como una bestia salvaje. Y créame, cuando Paul Curtis se encuentra así, lo mejor es alejarse de él. A mí me dio una dentellada en una mano —me mostró la mano izquierda vendada—, pero yo le pegué un tremendo patadón en el costado que le dejó sin resuello. Lo ataron como una morcilla y se lo llevaron. El viejo ha pagado escrupulosamente todos los gastos: veinte mil dólares. En cuanto a esto, nada se le puede reprochar a los Curtis.

Poco después me despedía de Chad Douglas, el amable camarero

del «Space Club».

Mi cerebro estaba confuso hasta el caos.

Debo explicar antes que Paul había conseguido engañarme como a un chiquillo. Su acento de sinceridad cuando confesó en la celda 16 cómo había matado a su madre era tan perfecto, que yo había decidido llevar a cabo por mi cuenta una discreta investigación.

Mi decepción —y mi frustración— no pudo ser más rotunda. A través del teniente Courtman y de los microfilmes de la Hemeroteca Municipal —posteriormente—, llegué al fondo de la verdad: Serena Curtis, madre de Paul, había muerto diez años atrás... víctima de la leucemia.

Indudablemente, Paul Curtis era un gran fingidor, un simulador consumado.

Pero como había decidido informarme hasta el límite posible acerca de mi enfermo de la celda 16, seguí adelante.

Descubrí algo insólito: Paul tenía una hermana. Bueno, sería mejor decir que la había tenido, porque Cheryl-Mary estaba muerta.

Había muerto el 31 de junio de 1963, en Cape Town, (North Caroline). Y la mayoría de los detalles relacionados con su muerte coincidían increíblemente con el relato que yo había oído de labios de Curtis.

A saber: el cuerpo de Cheryl-Mary, completamente destrozado, había sido encontrado en el fondo de un desfiladero de ciento cuarenta metros de profundidad, en el interior de un deformado «Chevy».

Según el resultado de la autopsia, Cheryl-Mary Curtis había ingerido gran cantidad de bebidas alcohólicas, lo que se tomó como causa directa del accidente que le costó la vida. En consecuencia, no hubo responsabilidad para nadie.

Era curiosísimo: los detalles de la muerte de Cheryl-Mary Curtis coincidían casi absolutamente con el relato de Paul. Sólo que éste había responsabilizado de la muerte de su hermana a su madre... que había muerto siete años antes de que se produjera tal tragedia.

Naturalmente, un esquizofrénico paranoide suele confundir los datos de un hecho con los de otro, frecuentemente.

Averigüé que otra parte de la historia era real: Cheryl-Mary no era hija de Dana y Serena Curtis, padres de Paul, sino de Dana Curtis y una prostituta de lujo llamada Allana Smithson.

Evidentemente, Paul decía la verdad... a medias.

Como acababa de informarme *in situ* del suceso que había llevado a Paul al Sanatorio Psiquiátrico, me interesaba profundamente comprender las razones de su agresión a una mujer de edad a la que ni siquiera conocía, según las manifestaciones de la propia agredida, de su esposo y de diferentes personas que conocían a la familia y algunos empleados del «Space Club».

Esa misma tarde obtuve fotografías de la mujer a la que Paul había agredido en la discoteca.

Se llamaba Mildred Cunningham, y se parecía extraordinariamente a Serena Curtis, la fallecida madre de Paul. Por supuesto, las facciones no eran idénticas, pero el parecido del rostro, y sobre todo, de la estatura y apariencia física, sí.

Ello me llevó a sospechar si —en un momento de alucinación—. Paul no habría visto a su madre en la persona de la señora Cunningham. Una cosa parecía cierta: aunque estuviera muerta, Paul Curtis seguía odiando a su madre.

Ese mismo día llevé a cabo una labor absolutamente detectivesca, para lo cual conté con la ayuda inestimable de Bob Courtman, oficial del Departamento de Policía.

Supe así que a lo largo de los últimos años, Paul Curtis había cometido numerosas agresiones a personas inofensivas, casi siempre en lugares públicos como cafeterías, bares, hoteles, restaurantes y clubes.

Sin embargo, no existía ninguna denuncia contra él. Antes de que se produjeran, el poderoso clan Curtis se apresuraba a tapar todas las bocas con dinero.

Más difícil me resultó informarme acerca de las sucesivas estancias de Paul en distintos establecimientos psiquiátricos. Los directores de las clínicas y hospitales eran discretos —detrás de ellos estaban los dólares de los Curtis— y tuve que desplegar toda mi astucia para rehacer el historial de Paul Curtis como esquizofrénico paranoide.

A lo largo de dos años, Paul había permanecido ingresado —sometido a psicoterapia— por espacio de unos quince meses.

Es decir, había permanecido más tiempo encerrado que en libertad. Sin embargo, su familia solicitaba en todos los casos el alta mucho antes de que el enfermo se hubiera recuperado.

En algunas ocasiones, Paul había salido de su encierro en peores condiciones psíquicas que al ser ingresado.

Emmanuel K. Chester, un prestigioso psiquiatra de la Clínica Bradford, fue el único que se sinceró conmigo a través del teléfono.

—Una verdadera barbaridad, doctor McDowell —me dijo—. Estaba sometiendo a Curtis a una terapia ocupacional, alternada con una novísima quimioterapia. El enfermo comenzaba a hacer progresos. Sus accesos violentos habían desaparecido prácticamente. Y debo decirle que sus familiares le trajeron a esta clínica después de que Paul fracturara ambos brazos a una jovencita de dieciséis años a la que llamaba obsesivamente «Cheryl-Mary», y a la que estuvo a punto de matar a golpes en Saint James Gardens. Pues bien: a Paul le faltaba aún una larga temporada de internamiento antes de estar en condiciones de reintegrarse a la vida social. Entonces llamó su abuelo, Jonathan Curtis. Dijo que su nieto debía ser dado de alta inmediatamente, pues él «le había visitado y le había encontrado absolutamente normal». Como es de suponer, me resistí a esta medida. Yo sabía que Paul no estaba bien aún. Pero me presionaron. El director por una parte, algunos médicos por otra, incluso los mismos Curtis llegaron a amenazarme veladamente. Tuve que firmar el alta. Un mes más tarde, Paul atropellaba con su automóvil a aquella chiquilla. Se llamaba María Álvarez, y aún no había cumplido los diecisiete años...

Cualquier fiscal hubiera podido demostrar, según el doctor Chester, que Paul Curtis era culpable de asesinato.

—Pero la sentencia fue accidente. Incluso consiguieron testigos falsos. Los Curtis son poderosos, poseen una fortuna inacabable. Sólo tienen que meter puñados de dólares en los bolsillos de unos y otros. Aparte de ello, no acabo de comprender la conducta del señor Jonathan Curtis, abuelo de Paul, ni tampoco de su padre, Dana Curtis. ¿Qué es lo que más interesaría a una familia honorable como la de estas personas? Evidentemente, el tratamiento prolongado de Paul. Sin embargo, ellos son los primeros en desoír la voz de la razón. Estúpidamente han protegido a un loco peligroso, han conseguido que abandonara la clínica, cuando nadie podría aún prever sus reacciones. Créame, doctor, sus familiares son cómplices de los abusos, incluso crímenes, que en el futuro pueda cometer ese desgraciado joven que se llama Paul Curtis. A veces...

—¿Sí?

—He llegado a pensar que sus familiares tratan de ocultar algo. Algo que puede comprometer a todos gravemente.

—Sea más explícito, por favor —rogué.

—No puedo ser más claro. Incluso empiezo a pensar que he hablado demasiado, doctor McDowell. Verá: soy un hombre de cincuenta años, casado, con cuatro hijos. No me gustaría dejarlos desamparados —terminó en un susurro apagado. Y colgó inmediatamente.

Quedé de una pieza.

—Te has metido en un buen lío —me dije.

Y deseé fervientemente que los Curtis solicitasen el alta de Paul. Con ello me vería libre de responsabilidad.

Pero inmediatamente mi sentido del deber se impuso a tan cómoda postura.

Como esquizofrénico paranoide, Paul Curtis no era responsable de sus actos: Necesitaba atenciones psiquiátricas que muy bien podrían mantenerle dentro de un comportamiento ético y social aceptable. Y además, era preciso proteger a la sociedad de un hombre que no distinguía entre alucinación y realidad, entre el bien y el mal.

Moralmente, yo no podía inhibirme en aquel caso. Si Paul había sido internado en el Sanatorio Psiquiátrico de la Fundación Aldeman, yo era responsable de él. Nada de sacudirme las pulgas negligentemente.

En el fondo, si había logrado aquel cúmulo de información sobre Paul, ¿para qué era, sino para tratarle y protegerle?

Sólo que ahora, sencillamente, yo sentía miedo. Un sentimiento claramente humano.

Después de una larga reflexión, me propuse estudiar la personalidad de Paul hasta los más profundos entresijos de su mente.

Esto era obrar sensatamente, sin traicionar a la ética profesional. Curtis prometía ser un caso espinoso, pero Jack McDowell lo abordaría con todas sus consecuencias.

Legalmente, Paul no era reo de ningún delito grave. La interpretación que los jueces habían dado a la muerte de María Álvarez era otra cosa.

Aquella misma tarde hice una nueva visita a la Hemeroteca municipal. Después de repasar todos los periódicos del Estado, encontré en uno de ellos la reseña del accidente.

Había una fotografía muy nítida de María Álvarez, la jovencita que Curtis había atropellado en Hunber *Cross*. Aquella guapa muchacha, según pude apreciar, se parecía increíblemente a Cheryl-Mary Curtis.

Una nueva coincidencia.

CAPÍTULO III

Advertí un cierto revuelo cuando llegué al sanatorio aquella mañana.

Ese raro sexto sentido, del que tanto hablan los escritores, me advirtió que el asunto tenía algo que ver con Paul Curtis.

Y no me equivoqué.

—No sé cómo está vivo aún —me explicó el pálido médico de guardia—. Los enfermeros le encontraron desvanecido en la ronda de las cuatro de la madrugada. Yacía sobre el suelo, prácticamente en coma.

—Pero... ¿qué ocurrió? —pregunté, inquieto.

Una cuchilla de afeitar, lo más seguro.

A pesar de todas las precauciones de que se rodea a los perturbados mentales, ellos saben arreglárselas para burlar la vigilancia y apoderarse de los más extraños e inimaginables objetos.

—Nada de cuchillas —negó el médico de guardia—. Se destrozó la yugular con sus propios dedos. Es decir, con sus uñas.

En el estado de ánimo que es de suponer, me dirigí rápidamente a la unidad de vigilancia intensiva.

Por el camino, a lo largo de los corredores, el médico de guardia, doctor Foster, me explicó otros detalles relacionados con el incidente.

—Me vi obligado a llamar al doctor George Pedros y se le practicaron dos transfusiones antes de que volviera en sí. Lo que más temo es...

—¿Qué?

—Anoche parecía muy inquieto. Pidió verle varias veces. «Necesito al doctor McDowell; es el único que sabe escucharme», exigió tercamente. Le hice ver que usted estaba descansando y que sólo podríamos avisarle en un caso urgente.

Sonreí tristemente.

—Ésa es la mecánica profesional —dije—. Debí llamarme, doctor Foster. Precisamente anoche permanecí desvelado en la cama hasta las tres de la madrugada.

Foster se disculpó. Sin embargo, él tenía razón. La rutina consistía en no despertar al especialista si no era absolutamente necesario. Pero ¿quién sabe cuál es la frontera entre lo necesario y lo prescindible?

—A las dos y media se puso a gritar. De tal forma que, a pesar de que la celda número 16 está insonorizada, sus gritos se oían en el pasillo. Luego pareció calmarse. Quedó en silencio. Pero más tarde, cuando los enfermeros echaron una ojeada a su celda, vieron que yacía en el suelo en medio de un charco de sangre. El resto ya lo sabe.

Foster se adelantó para abrirme la puerta batiente de la unidad de vigilancia intensiva.

Allí, ocupando una cama aislada, estaba Paul Curtis.

Un ancho cinturón sujetaba su pecho al lecho. También tenía sujetos los tobillos y las muñecas.

Le habían aplicado un gotero de suero y parecía relajado. Dormía.

Su rostro estaba atravesado por docenas de profundos arañazos. En realidad, toda su cara aparecía convertida en una máscara sanguinolenta.

Pero lo peor era su cuello. Paul había conseguido lesionarse seriamente la yugular. Era milagroso que estuviera vivo.

Después de reflexionar sobre el caso, decidí que Paul Curtis debería vivir a partir de aquel momento rodeado de las mayores medidas de seguridad. En cuanto lograrse recuperarse iría a ocupar la celda 22, una habitación doble dotada con una cama especial, en la cual Curtis permanecería inmovilizado hasta que, tras una observación exhaustiva, comprobásemos la evolución de su enfermedad mental.

No era una medida cruel. Por el contrario, yo pretendía proteger a aquel muchacho del diablo que escarbaba en su cerebro. Y de paso, proteger al personal.

Comprobé personalmente su pulso y su ritmo cardíaco. Me sorprendió la normalidad de sus constantes vitales.

Tenía unas setenta pulsaciones por minuto y su corazón

funcionaba rítmicamente. Absoluta normalidad funcional.

Decidí concederle otras veinticuatro horas de recuperación en la UVI antes de estudiar una quimioterapia enérgica y un nuevo tipo de tratamiento ocupacional.

Cuando el médico de guardia y yo abandonábamos aquella sección, escuché una voz que me sorprendió.

—¡Al fin volvió, doctor McDowell! ¿Por qué me dejó abandonado a mis propias fuerzas?

Me volví.

Los ojos de Paul me contemplaban lúcidamente.

Más aún: su sonrisa era la más amable y simpática que pudiera esperarse.

No parecía el hombre que acababa de superar esa difícil frontera entre la vida y la muerte. Por el contrario, se diría que estaba lleno de vitalidad, a pesar de su rostro surcado de arañazos y hematomas.

Estupefacto, volví lentamente hacia su cama.

—Veo que ha despertado y que se encuentra perfectamente —dije, de manera afable—. Debería enfadarme con usted, Paul. Pero no lo haré. Sin embargo, me gustaría saber por qué me necesitaba tan urgentemente.

Cerró los ojos. Se encerró en sí mismo. No quería responder.

—¡Vamos, vamos, Paul! —insistí con acento cordial—. Quedamos en que éramos amigos. Usted dijo que confiaría en mí, que jamás me ocultaría nada.

Lentamente abrió los párpados.

Me observó con terrible insistencia. Y luego parpadeó.

—Tiene razón —dijo—. ¿Por qué habría de desconfiar de usted? Lo que ocurrió fue...

Me acerqué a él. Foster nos contemplaba a cierta distancia, cerca de la puerta de la sección.

—¿Qué fue lo que ocurrió, Paul? —insistí.

Me pidió con el gesto que me acercara y cuando me incliné sobre él, susurró:

—Dígale a ese tipo que se largue. No me fío de él.

—¿Por qué? —pregunté en el mismo tono.

—Estuvo bebiendo de mi sangre. Es un vampiro. ¡Mírelo! ¡Así no, no se vuelva tan rápido o sospechará! Obsérvelo de reojo. Así. ¿No ve en él los rasgos propios de un hematófago? —Sus ojos

castaños brillaban terriblemente—. ¡Él bebió de mi sangre! Yo le vi. Simulé estar desvanecido cuando él se inclinó, mordió mi cuello y...

—Está bien —prometí—. Le alejaré de aquí.

Me levanté, empujé a Foster hasta el pasillo exterior y le expliqué la situación. Naturalmente, el médico de guardia sonrió, conmisericordioso.

Nos despedimos y volví junto a Curtis.

—Ya se ha ido —dije—. Le mantendré bajo vigilancia. No queremos hematófagos aquí.

Sonrió como un conspirador.

Parecía a punto de hacerme alguna confidencia trascendental, pero entonces se produjo aquella retracción característica de sus pupilas.

Yo conocía aquel signo. Indicaba desconfianza.

—Está bien. ¿Qué era eso tan importante que tenía que decirme? —insistí—. Ahora estamos solos. Nadie puede escucharnos.

Giró la cabeza a un lado y otro.

—Tenía que decírselo, doctor —se vació súbitamente—. Realmente, yo no debería estar aquí.

Ahora no demostraba ningún temor. Su actitud era serena y relajada.

—¿Dónde, pues? —pregunté, desorientado.

—En la prisión. Es donde van a parar los criminales, ¿no? Un tiempo de prisión y luego... ¡zas!, la silla eléctrica. Es lo más razonable.

Quedé helado.

¿Era otro de sus juegos de ficción o estaba hablando en serio?

Me esforcé en disimular mis sentimientos. Sonreí y palmeé suavemente su hombro izquierdo.

—¡Vamos, vamos, Paul! La prisión es muy desagradable. En cuanto a la silla eléctrica, no quiero ni oír hablar de ella. Es para los criminales que no tienen solución. Pero usted es un estupendo muchacho. Enfermo, sí, pero que puede recuperarse e integrarse, aunque para ello necesitará gran voluntad y paciencia —expliqué.

Pero Curtis no parecía ser de la misma opinión.

—¡Oh, no, no, doctor McDowell! Usted se equivoca conmigo. Yo soy uno de los más grandes criminales de la Historia —protestó, aunque sin violencia—. Verdaderamente, no necesito tratamiento

psiquiátrico, sino un público que valore mi inteligencia criminal en lo que vale. Naturalmente, tampoco rehúyo la cárcel, ni siquiera la silla eléctrica, ahora que me han atrapado. Y usted podría hacer mucho por mí.

—¿Yo? ¿Qué podría hacer? —pregunté, sin poder disimular mi estupor.

—Convencer a los jueces de que no soy un enfermo mental, sino un malhechor.

—¿Cómo?

—Para ello tendría que explicar detalladamente cómo maté a Cheryl-Mary —respondió.

Sus instantáneos cambios mentales me dejaban perplejo.

—Pero, Paul —intenté fijar sus ideas—. Usted me confió que había matado a golpes a su madre, pero...

—¡Chist! —siseó, mirando desconfiado a uno y otro lado.

Callé.

Sólo al cabo de un rato de observación concentrada y al comprobar que nadie podía oírnos, Paul volvió a hablar.

—¿Qué fue lo que le dije? —quiso saber, con una expresión astuta en sus hundidos ojos.

—Dijo que había matado a su madre con un golpe de candelabro. Los motivos que expuso fue que ella había emborrachado a Cheryl-Mary con el fin de que la muchacha se despeñara en su coche.

Dejó escapar una risita prolongada.

—Le mentí —susurró—. Claro que maté a mi madre. Pero no lo hice así.

—¿Cómo entonces?

En realidad, yo no hacía otra cosa que seguirle la corriente. Sabía que Paul se tranquilizaba mucho cuando podía hablar conmigo, expresar sus fantasías y quimeras ante alguien que supiera escucharle y comprenderle.

¿Cuál era mi postura? Sencillamente, pensaba que todo aquello eran delirios, pura ficción, provocada por el desequilibrio psíquico de aquel infeliz joven.

Si escuchándole podía ayudarle, tanto mejor.

—La fui envenenando lentamente. Con arsénico. Fueron pequeñísimas dosis. ¿Sabe cómo se me ocurrió? Mi madre, además

de leucemia, padecía una afección cardíaca. Se quejaba continuamente del hígado, el páncreas, arrojaba bilis, vomitaba... Y por encima de todo, se quejaba continuamente. Su aspecto macilento, sus continuas quejas y lamentos me sacaban de quicio. El doctor Oscar Addison había dicho a mi padre que mamá moriría en el espacio de seis meses. Pues bien, me compadecí de ella y decidí terminar con sus padecimientos en un lapso mucho más corto. Murió dos meses después.

Paul hablaba de su madre como si se tratara de un pobre animalillo enfermo, incapaz de recuperarse.

Claro que yo no quería ir a parar al reformatorio o a la cárcel —añadió, moviendo la cabeza con gesto expresivo—. Antes de poner en práctica mi proyecto, investigué y me documenté de forma exhaustiva.

—Muy razonable —dije, para llevarle la corriente.

—¿Verdad que sí? Descubrí algo que sería fundamental. El doctor Addison había recetado a mamá un compuesto para aliviar sus dolencias interiores. Leí la fórmula... ¡En ella entraba el arsénico, aunque en proporciones minúsculas! Entonces comprendí qué era exactamente lo que debía hacer.

—¿Qué?

—Incrementar su dosis de arsénico. Hacerme con el veneno no era difícil —explicó Paul con expresión triunfal—. En una de nuestras fincas de recreo, Green Cottage, habían aparecido las ratas y Logan, uno de los criados, trajo una bolsa de arsénico [1].

—¿Quiere decir que logró administrar ese veneno a su madre? ¿En las comidas? —pregunté.

A pesar de mi escepticismo, el relato de Paul era tan vivo que había logrado atraer mi atención.

—¿En las comidas? ¡¡No!! ¡Hubiera sido estúpido! —protestó mi paciente—. Si alguien hubiera sospechado, bastaría analizar los residuos de los platos para comprender que se trataba de un atentado criminal. No, doctor. Yo no soy tan imbécil.

—Ya veo —asentí—. ¿Cómo lo hizo, entonces?

Sus ojos brillaron astutamente.

—¿No lo ha adivinado aún? —susurró, mirando de reojo a la puerta batiente—. El «Anargol», es decir, el tónico que el doctor Addison había recetado a mamá, contenía una minúscula parte de

arsénico. Lo que yo hice fue aumentar la proporción, aunque razonablemente, de forma que mamá no muriese súbitamente. La forma más inteligente de presentar su muerte como natural era procurar que se fuese agravando paulatinamente. ¡Y yo lo conseguí de esa forma!

Ahora no pude disimular mi admiración.

Probablemente, Paul Curtis no era sino un gran fabulador, un fantasioso. A pesar de lo cual su imaginación no conocía límites.

No sólo era mil veces imaginativo, sino terriblemente inteligente. Como escritor de relatos policíacos hubiera tenido un gran porvenir.

—¿Qué le parece? —exclamó al cabo.

Y al ver que yo aprobaba con un distraído gesto, añadió:

—Nadie podría sospechar, ni demostrar, que se trataba de un intento de asesinato. En el «Anargol» había arsénico. Y el doctor Addison lo sabía. ¿Qué podía ocurrir?, me pregunté, antes de poner en práctica mi plan. Cuando mamá muriese, lo más lógico era que Addison atribuyese su fallecimiento a la leucemia. Pero si sospechaba, si se negaba a firmar el certificado de defunción, yo tenía previstos todos los pasos policiales o judiciales. Autopsia, análisis de las vísceras, hallazgo de concentraciones de arsénico, suficientes para producir la muerte, ¿y qué? —me interrogó vivamente.

No supe qué decir.

—Vamos, vamos, doctor McDowell: ¡usted es un médico inteligente! —se pavoneó—. El doctor Addison recordaría que había recetado «Anargol» a mi madre. Y el «Anargol» contiene arsénico. Bien, ya estamos en el punto más interesante: analizan el último frasco de «Anargol» y descubren que la suspensión contiene más arsénico del conveniente. ¿A quién es imputable?

—Al laboratorio —repliqué, instintivamente.

—¡Justamente! Los laboratorios que fabrican el «Anargol» habrían cargado con el muerto. Es decir —sonrió encantadoramente—, con la muerta en este caso. Probablemente, mi abuelo habría reclamado cincuenta millones de indemnización. Y los hubiera conseguido. Pero nada de eso ocurrió. Addison firmó el certificado de defunción. Y no pasó nada.

Su rostro tenía una expresión candorosa.

Pero ¿decía la verdad o todo aquello formaba parte de un delirio o una ficción, aunque, eso sí, inteligentísima?

Quedó callado, concentrado en sus pensamientos.

Cuando volví a dirigirle la palabra, no me contestó.

Sus hombros se habían elevado en un intento de esconder la cabeza y sus rasgos faciales se habían crispado hacia el centro del rostro.

Paul no oía ni percibía nada a su alrededor. Se había refugiado en sí mismo, adoptando un estado claramente catatónico [2].

Silenciosamente, me puse en pie y abandoné la UVI.

CAPÍTULO IV

Llegué a casa después de las diez de la noche, pues había permanecido en el Sanatorio hasta aquella hora en previsión de que el estado de Curtis se agravase o sufriese alguna alteración.

Pero Paul había permanecido dominado por la catatonía durante largas horas, de modo que finalmente abandoné el centro psiquiátrico.

Mi esposa, Helen, me esperaba impaciente.

Me sonrió al abrirme la puerta y correspondió cariñosamente a mis caricias, pero su actitud, minutos después, era de gran expectación.

Y al fin estalló:

—¿No dices nada?

—¿Qué habría de decirte? —respondí, confuso.

De repente lo recordé. Era nuestro aniversario de bodas. El décimo exactamente. ¡Y yo me había olvidado de comprarle un regalo!

Mi olvido no tenía precedentes. Ni disculpa. Porque Helen y yo nos amábamos tan apasionadamente como el primer día.

Helen, Nelly —nuestra hijita de seis años— y yo componíamos un trío que se entendía a las mil maravillas.

Y yo me había olvidado de...

Naturalmente, la causa de aquel olvido no era otra que el caso Curtis. Me había dedicado en cuerpo y alma a profundizar en el desequilibrio mental de Paul y me había olvidado de aquella fecha.

Ya estaba pensando una disculpa que sonara convincente cuando Helen se arrojó en mis brazos y me besó íntima y cálidamente.

—¡Gracias, Jack! Pero es demasiado. No puedo aceptarlo —dijo, cuando, al fin, nos separamos.

¿Qué era lo que no podía aceptar? Me dejó de una pieza, tan desorientado que no fui capaz de pronunciar una palabra.

—Demasiado caro, Jack. No podemos permitirnoslo —insistió ella.

—¿Ah, no? —murmuré, tratando de coger onda.

—Naturalmente que no. Es un detalle enternecedor. Y admirable. Tú sabías que yo tenía ilusión por una «bombonera» así, pero no podemos quedárnoslo. Aún debemos más de tres mil dólares por esta casa.

Mi estupor creció de punto. Supongo que mi actitud debía ser ridícula, con la boca abierta de par en par.

—¿A qué bombonera te refieres? —pregunté, cauto, imaginando que alguien (algún amigo, quizás) había demostrado mejor memoria que yo. (Lo que pensaba era que alguien había enviado a Helen un estuche de bombones franceses).

Ella se volvió y caminó hacia la Cocina. Y de allí al garaje. Abrió la puerta de comunicación y señaló el precioso «Mustang» convertible, color verde esmeralda, que ocupaba casi todo el garaje.

Casualmente, yo había dejado el coche en el jardín, de otra forma me habría tropezado con aquella sorpresa.

Helen abrió la portezuela del flamante automóvil y recogió una tarjeta que me tendió con una sonrisita suspicaz.

Leí:

«FELIZ ANIVERSARIO, SEÑORA McDOWELL»

No había firma, sino un trazo bajo las palabras mecanografiadas. Devolví la tarjeta a mi esposa y la miré compasivo.

—Siento decepcionarte, Helen —dije—. Pero yo no te envié ese regalo.

Naturalmente, aunque Helen estaba absolutamente decidida a devolver aquella «bombonera», no pudo disimular su desilusión.

—Así que no fuiste tú —dijo—. ¿Quién si no? Aunque no soy una mujer fea, imagino que mis admiradores no son tan fogosos como para hacerme un regalo de tal categoría —se burló, sin perder el sentido del humor.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—¿El coche? Lo trajo un joven de unos veintidós años, elegantemente vestido. Un empleado del concesionario Ford. «Le traigo su coche, señora McDowell», dijo. Y me pidió que le abriera la entrada de la cochera. Eso fue lo que hice. La documentación está

a mi nombre, según he podido comprobar. ¿Qué embrollo es éste?

—Supongo que se han equivocado. Debe ser para otra señora McDowell, Consultemos la guía telefónica. Probablemente habrá en esta ciudad docenas de señoras que se apellidan como tú —dije.

Volvimos al salón y miramos la guía. Vivíamos en una ciudad de un millón doscientos mil habitantes, cuyo nombre no vamos a citar aquí. En el listín telefónico encontramos a seis McDowell, uno de los cuales era yo. Los demás también eran hombres. De todas formas les telefoneamos, uno a uno.

Ninguno de ellos había solicitado un automóvil de aquella marca, tipo y color.

—Tendremos que consultar al concesionario Ford —declaré—. Por desgracia, ya es demasiado tarde —tomé a Helen cariñosamente por la cintura y la besé—. Al menos, tendrás tu bombonera por una noche. Y discúlpame: mañana tendrás tu regalo.

Por fortuna, Helen no es una mujer caprichosa. Por el contrario, siempre ha sido consciente de nuestras limitaciones en lo económico. Hija de un empleado ferroviario, nacida en un hogar humilde, Helen se había convertido en enfermera diplomada para mantener a sus ancianos padres hasta que éstos murieron, poco antes de que yo la conociera en el State Hospital, diez años atrás.

Fui a dar un beso a Nelly, que dormía ya apaciblemente en su cama, y me reuní en la cocina con mi esposa, que estaba disponiendo la cena de ambos sobre la mesa.

Me había desentendido por completo del asunto del «Mustang» convertible, cuando Helen comentó:

—¿Qué tal vas con el chico de los Curtis?

En aquel momento tuve una premonición. Y dije, sin poder contenerme:

—Creo que ya lo tengo. Fue el viejo Curtis el que nos envió ese regalo.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó mi esposa, asombrada.

—Es el estilo de esa gente. Abrumarte con regalos en especie o en metálico. Seguramente han ido a visitar a Paul y él les ha hablado de mí. Suponen que porque te regalen un coche atenderé a Paul con mayor atención.

—¿Sería ético quedárnoslo? Me refiero al coche —me consultó Helen.

—No lo sé. De todas formas, no lo aceptaré. Ya tengo mis honorarios del Sanatorio. Pero no temas, no seré brusco. Escribiré unas palabras amables en una tarjeta, denegando el obsequio y poniendo una disculpa —dije. Y repetí:

Eso es lo que haré.

Naturalmente, a Helen le hubiera hecho mucha ilusión quedarse con aquel coche. Más aun teniendo en cuenta que mi viejo «Buick» llevaba más de siete años prestándonos servicio y pronto habría que cambiarlo por otro vehículo.

Helen no hizo ningún comentario.

Luego se sentó frente a mí y comenzamos a cenar en silencio.

De repente, alcé la mirada.

—Una vez mencionaste a los Curtis. Pero he olvidado el motivo —dije—. ¿Cómo los conociste?

—Jack, te he hablado de ello docenas de veces. ¿Cómo has podido olvidarlo? —me reprochó.

Probablemente, tenía toda la razón. A veces, mientras Helen me hablaba, yo tenía el pensamiento puesto en problemas relacionados con mis enfermos. De modo que no lograba recordar lo que ella me decía en tales momentos.

—¿Y bien...?

—Poco antes de que nos conociéramos, yo estuve cuidando a la señora Curtis. Murió de leucemia, poco después —me explicó Helen.

El tema despertó súbitamente mi atención.

—Ahora lo recuerdo —dije. Y añadí, con cautela—: El médico de cabecera era el doctor Addison...

—¡Exacto! —Helen parecía muy satisfecha de mi alarde nemotécnico—. La pobre mujer estaba condenada a morir de antemano. El doctor Addison...

—... le vaticinó un máximo de seis meses de vida, lo sé. Fue un caso extraño, ¿no te parece? Al parecer, Serena Curtis falleció mucho antes de cumplirse aquel plazo.

—¿Quieres que te diga una cosa? —Helen bajó la voz, como si algún extraño pudiera oírnos—. Siempre sospeché que en la muerte de la señora Curtis había algo extraño.

—¿Por qué?

—Addison es un buen médico, un verdadero especialista que

jamás se equivocó en vaticinios de ese tipo. En fin... Supongo que en realidad, Serena Curtis no deseaba seguir viviendo. Tal vez... se suicidó.

—¿Lo crees posible?

—Sí. Sólo era necesario tomar una dosis excesiva de «Anargol», un compuesto que contiene arsénico, aunque en pequeñísima proporción. Dado su deficiente estado de salud...

—¿Y Paul? ¿Le conocías? —pregunté a mi esposa.

—¡Oh, sí! Visitaba a su madre numerosas veces a lo largo del día. ¡Era un muchacho tan cariñoso! Se preocupaba siempre porque su madre tomase puntualmente su cucharada de «Anargol» —exclamó Helen.

Me estremecí.

Lo que Helen me estaba contando parecía apoyar el loco relato de Curtis. ¿Y si, en definitiva, fuera verdad que Paul envenenó a su madre?

—Así que tú sospechas que pudo suicidarse... —insistí.

—Bueno, fue una simple sospecha que tuve por aquel tiempo —confesó ella, cautelosamente—. Serena Curtis fue empeorando paulatinamente. ¡Y parecía tan decaída...! Ella sabía que no tenía salvación, aunque el doctor Addison no se lo confesó abiertamente. En su estado de ánimo, bien pudo decidir terminar de una vez con sus sufrimientos. Yo, personalmente, no se lo reprocho, aunque no sea partidaria de la eutanasia.

—¿Y Addison? ¿No hizo ningún comentario cuando murió Serena Curtis? ¿No sospechó nada? —Sonsaqué a mi esposa.

El tenedor de Helen se detuvo en alto.

—Ahora que lo dices... ¡Parecía muy preocupado! No se mostró muy comunicativo en aquellos momentos, pero a la hora de firmar el certificado de defunción, vaciló. ¿Sabes qué dijo? Quizá sólo expuso sus pensamientos en voz alta, pero le oí murmurar: «Si no se tratase de los poderosos Curtis, conseguiría que a esta mujer se le practicara la autopsia».

CAPÍTULO V

A la mañana siguiente telefoneé al concesionario Ford.

—Soy el doctor McDowell. Debieron equivocarse: uno de sus empleados trajo ayer a casa un «Mustang» convertible, nuevo, color verde esmeralda. Nosotros no habíamos encargado ningún coche así. De modo que debe de tratarse de un error. Puede enviar a su empleado a recogerlo. Mi esposa se lo entregará.

La respuesta tardó unos segundos en producirse.

—No hay ningún error, doctor McDowell. En mi fichero tengo la ficha del encargo: señora Helen McDowell, número 35 de Tahuampax Road. Un Ford «Mustang» 1966 convertible, color verde esmeralda metalizado, matrícula...

—Conozco todos esos datos —le atajé—. Pero nosotros no encargamos ningún coche. De modo...

—Bien, tendré que decirle la verdad. El encargo lo hizo el señor Jonathan Curtis. Él quiso hacer las cosas de una forma discreta. Al parecer, les está muy agradecido, tanto a su esposa como a usted. Debí averiguar la fecha de su aniversario de bodas y decidí demostrarles de forma práctica su reconocimiento. Es un espléndido obsequio, doctor McDowell. No sólo entraña el coche en sí, sino todos los gastos e impuestos, además del seguro a todo riesgo por un período de cinco años, lo que viene a significar el doble del precio del coche —dijo el concesionario Ford.

—Muy bien. De todas formas, envíe a su empleado a por el coche —insistí, seguro de lo que hacía—. Dejaré en la bandeja porta-objetos una tarjeta para el señor Curtis. Le quedará muy agradecido si se la hace llegar.

—Como usted quiera —evidentemente, a aquel individuo le disgustaba perder la venta de un coche caro—. Usted sabrá lo que hace, doctor McDowell. Enviaré a por el coche.

—Perfectamente. Gracias —respondí. Y colgué.

Tras despedirme de Helen, salí a la calle, subí a mi viejo «Buick» e inicié el viaje al Sanatorio, distante unos kilómetros del centro de la ciudad.

Tras repasar la lista de ingresos, di una vuelta por las distintas secciones.

Paul Curtis continuaba en la UVI, si bien se había repuesto con extraordinaria, casi increíble rapidez.

Aquella mañana se mostraba lúcido, alegre, ocurrente, muy diferente del estado de depresión catatónica que había sufrido el día anterior.

—¡Ah, el magnífico doctor McDowell! —exclamó al verme—. ¿Hasta cuando piensa tenerme aquí?

—Sólo un día o dos más —respondí—. Le veo en magnífica forma. ¿Qué es lo que le alegra tanto?

Usted empieza a creerme, doctor. Algo ha cambiado en su expresión —declaró, observándome tan fijamente que más parecía él el médico y yo el paciente—. No es el mismo hombre. Ahora sabe que soy el criminal NUMERO UNO.

—Es un hombre muy inteligente, sí —respondí—. Si pone voluntad en curarse, yo podría ayudarle mucho. Se repondría, dejaría de sufrir alucinaciones y delirios. Sería otro hombre, en resumen —le expliqué.

No pareció gustarle mucho lo que yo acababa de decir. Por el contrario, su ceño se había fruncido.

—Es que... precisamente yo no quiero ser otro hombre, doctor McDowell. Quiero seguir siendo como soy. Usted pensará: «¡pobre loco!», pero yo soy feliz cuando siento en mi interior la llama de la inspiración. Entonces lo preparo todo exhaustivamente. Estudio, investigo, calculo. Y finalmente, actúo. Siempre con éxito. Jamás he cometido un solo fallo.

Me quedé boquiabierto.

—No acabo de entenderlo, Paul. Así que lo único que le interesa es seguir siendo el criminal NUMERO UNO... —dije.

—Ahora empieza a entenderme —exclamó, satisfecho—. Eso es lo que deseo, sí. Probablemente estoy loco, sí. Sufro depresiones y tremendas alteraciones de conducta, pero así quiero seguir siendo —volvía a escrutar mi expresión inquisitivamente, como para asegurarse de que yo le comprendía—. Déjeme que se lo explique

en pocas palabras: antes yo sólo era un parásito. Jamás ejercí mi carrera de abogado, gastaba el dinero a manos llenas, no hacía nada de provecho. Ahora, en cambio, he encontrado mi camino: aliviar los sufrimientos de los demás, establecer un destino justo para los míos.

Ayudar a los demás, establecer un destino justo Es decir: asesinar fría y científicamente a unas cuantas personas.

Evidentemente, aquel hombre estaba loco y bien loco. Y lo peor: era un loco inteligente, observador, culto, frío, sumamente peligroso.

—Ya —dije. Y me puse en pie cansadamente.

Cambié impresiones con el ayudante sanitario, acordé con él la medicación a aplicar a Curtis, y volví junto a su cama.

Paul estaba allí, pero su alma se había ausentado. Sus ojos miraban fijamente el techo, sin parpadear. Traté de llamar su atención, pero no lo conseguí.

Cuando volví a mi despacho, me enfrenté directamente a aquel problema ético.

Según veía, era muy posible que Curtis hubiera matado a su madre. Había conseguido engañarlos a todos.

Ahora, nada de este mundo haría posible una autorización para exhumar los restos de Serena Curtis. Y aunque esto se consiguiese —los Curtis se opondrían con todas sus fuerzas, que eran muchas, demasiadas para mí—, ¿qué éxito podría esperarse? Aunque se estableciera que la señora Curtis había sido envenenada, las pruebas habían desaparecido ya. Nadie sería inculpado.

Pero si Paul había matado a su madre tan fríamente, era un verdadero criminal, aunque no el número Uno, como él pretendía. Su estado mental le exculpaba, pero establecida su culpabilidad. Paul debería permanecer encerrado por el resto de sus días.

Eso decía la ley. Y la ley debería aplicarse a ricos y pobres, sin ninguna clase de discriminación.

Alguien podría pensar, llegados a este punto, que yo odiaba a Paul. Todo lo contrario: sentía compasión por él. No le consideraba responsable, puesto que estaba loco, pero la sociedad sí era responsable de él.

No se le podía dejar suelto para que volviera a cometer nuevos crímenes.

Después de reflexionar largamente sobre este asunto, decidí no emprender ninguna acción por el momento. No poseía verdaderas pruebas contra Paul, sólo su confesión. Y esto serviría de bien poco.

Pasaron los días.

La medicación obró milagros en Curtis. Habían cicatrizado sus rasguños y su herida del cuello por entonces y su estado de ánimo era excelente. No había sufrido, por otra parte, ningún nuevo acceso de violencia, tan característicos en él cuando algo no salía a la medida de sus caprichos.

Las medidas de seguridad se fueron atenuando. Se habían retirado las tobilleras, grilletes y cinturones pectorales, se le permitía dar un paseo matinal seguido de un corpulento enfermero. Paul charlaba con todo el mundo, delicado y exquisito siempre.

Sin embargo, yo no tenía la esperanza de que llegara a curarse. Su esquizofrenia paranoide estaba demasiado avanzada para esperar algo más que los progresos que ahora se advertían en su conducta.

A veces charlábamos durante horas enteras. Era un verdadero erudito en Historia de los Estados Unidos, y daba gusto oírle disertar sobre estos temas sin darse la menor importancia.

A veces volvía a caer en la catatonía, pero se recuperaba cada vez más fácilmente.

Fue por entonces cuando recibí una invitación para asistir a un congreso profesional a celebrar en Nueva York.

Partí solo, pues, con la esperanza de regresar en un plazo máximo de tres días. Cuarenta y ocho horas más tarde, y pocas horas antes de que tomara el avión que me traería de regreso, recibí una conferencia telefónica en el hotel.

El que me llamaba era Malcolm Stevens, director del Sanatorio Psiquiátrico de la Fundación Aldeman.

—Jack, es preciso que vuelvas cuanto antes.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

—Curtis ha empeorado. Logró envenenar a uno de nuestros enfermeros —declaró Stevens con acento de suma gravedad—. Se trata de Tom Delaney, de la sección de «violentos». —Delaney está grave. Por fortuna, parece que se recuperará.

Quedé de una pieza.

—¡Apenas puedo creerlo! —exclamé—. ¿Cómo pudo ocurrir tal cosa? ¡Un paciente sumamente vigilado que logra envenenar al

hombre que le cuida...!

—Te lo explicaré...

La tarde anterior, Paul había exigido tercamente hablar conmigo. Los enfermeros y el médico de servicio le habían explicado paciente y exhaustivamente la imposibilidad de que yo abandonase el congreso médico para acudir enseguida a su lado.

—Comenzó a alborotar y atacó a los enfermeros. Después cayó en una profunda depresión. Pero a la mañana siguiente se había recuperado. Pidió bajar al jardín y se lo concedieron. Luego, a la hora del almuerzo, volvió a su celda. Poco después le trajeron una bandeja con la comida. Unos minutos después, comenzó a chillar.

Protestaba airadamente y se quejaba de que querían envenenarle.

—Pareció atender las explicaciones de su enfermero. Pero de repente exigió que el cuidador probara su comida. Delaney, con la mejor voluntad del mundo, le dio ese gusto. Pero Curtis exigió que siguiera comiendo, hasta que Delaney se cansó, después de terminar un puré de verduras. Un momento después, Delaney se desvaneció. Por fortuna, él mismo nos ayudó. «¡Las adelfas, las adelfas!», murmuraba entre dientes.

—¡Las adelfas! ¿Qué significa...?

—Le hicieron un lavado de estómago a Delaney, se analizaron las heces. Contenían jugo de adelfas concentrado. Ya sabes que las adelfas son venenosas, sobre todo las flores. Por desgracia, se plantan en cualquier sitio, como matas o arbustos ornamentales...

—Así que Paul había masticado esas flores...

—Sí. Había estado metiéndose en la boca, disimuladamente, puñados de cápsulas a medio secar. Y logró retener en la boca el jugo del veneno. Cuando le llevaron la bandeja del almuerzo, arrojó el jugo en un plato...

—¡Dios mío! —exclamé, aterrado.

—Puedes hacerte una idea de la situación —siguió Stevens—. Paul se ha recluso en sí mismo y permanece en estado catatónico desde ayer. El viejo Curtis acaba de estar aquí, a visitar a su nieto. Ha puesto mala cara al comprobar el estado de Paul...

—Quien nos importa es Paul, no el viejo Jonathan Curtis —dije, agriamente.

—Tómalo como quieras, pero es imprescindible que vuelvas

cuanto antes. Al parecer. Paul sólo se siente tranquilo cuando tú estás aquí, lo cual debería ser un motivo de orgullo para ti, puesto que demuestra tu éxito personal y la bondad del tratamiento que has aplicado a Curtis. ¿Puedo confiar en ti, Jack? —preguntó, finalmente.

—Tengo una reserva para el primer vuelo. Estaré ahí en unas horas —prometí. Y Stevens suspiró, más tranquilo.

Tomé el avión de madrugada y llegué a mi ciudad a primeras horas de la mañana. Un taxi me trasladó hasta el Sanatorio Psiquiátrico.

Como Stevens había asegurado, Paul Curtis había vuelto a refugiarse en la catatonía. Permanecía en el lecho encogido sobre sí mismo, con las piernas plegadas de tal forma que sus rodillas casi tocaban el mentón. Se rodeaba la cabeza con las manos, como si tratase de aislarse de todo el mundo que le rodeaba.

Parecía un bebé desamparado, en resumen.

La influencia de la catatonía en sus funciones vitales era evidente: su temperatura rozaba los treinta y cinco grados centígrados y su ritmo cardíaco apenas llegaba a las sesenta pulsaciones por minuto.

Pedí a un ayudante sanitario que preparase una inyección y yo mismo le pinché. No se movió, no acusó la menor reacción vital.

Y, sin embargo, estaba vivo.

Al cabo de media hora empezó a recuperarse. Yo estaba sentado junto a él y le hablaba en voz baja e íntima.

—Vamos, Paul, despierte. Ya estoy aquí. Soy el doctor McDowell.

Tardó varios minutos en apartar las manos del rostro. Me miró fijamente, con reproche, pero dio muestras de empezar a reaccionar.

Cuando volví a tomarle el pulso, sus pulsaciones habían aumentado y también su temperatura, que había subido un grado.

—¿Por qué lo hizo, Paul? ¿Por qué trató de matar a Tom Delaney? —pregunté en un susurro.

No respondió.

—Ya veo. Usted trataba de vengarse de mí de alguna manera, Paul. No tenía nada contra Tom, ¿verdad?

Asintió.

—¡Ahora lo comprendo! Fue una especie de castigo dirigido a mí. Por mi ausencia, ¿es cierto?

Nuevo movimiento afirmativo de cabeza.

—Lo siento, Paul. Pero he vuelto. Supongo que volvemos a ser amigos...

Se animó enseguida.

—Tenía que hablarle —confesó al fin—. Necesitaba hacerlo urgentemente. Porque... aún no le he explicado cómo maté a Cheryl-Mary, ni tampoco los motivos que tenía para hacerlo.

CAPÍTULO VI

En el fondo de su corazón, Paul Curtis era un puritano.

Educado en el seno de una familia poderosa y conservadora, odiaba cuánto significase deshonestidad, impudor, lascivia...

Cuando Cheryl-Mary vino a vivir con los Curtis, Paul fue el único de la familia que demostró a la jovencita respeto y amor fraternal. Jonathan Curtis reprochaba lo que Cheryl-Mary representaba —el adulterio—; para Dana, en cambio, la muchacha no significaba sino un desliz y la obligación de encargarse de su educación y manutención. No hay que decir que Serena Curtis jamás demostró el menor aprecio por Cheryl-Mary... porque ésta venía a ser la prueba de su fracaso como esposa y como hembra.

Pero Paul sí. Paul asumió su papel de hermano con toda entrega. La rodeaba de cuidados y atenciones, la abrumaba con regalos, la protegía de la indiferencia y el odio interiores, la mimaba y defendía denodadamente.

El sentimiento de Paul hacia su hermana no podía ser más puro y generoso. Verdaderamente, su entrega a la muchacha era tan absoluta, que Paul hubiera dado la vida por ella, si fuera necesario.

Pero Cheryl-Mary se convirtió pronto en una mujer. Su paso de adolescente a hembra absoluta se produjo en un corto espacio de tiempo.

La joven empezó a evitar la proximidad de Paul.

—¿No quieres que te acompañe a la fiesta fin de curso? —preguntaba él, asombrado.

Y ella respondía:

—No, gracias, Paul. No es preciso que te molestes. Voy con unas amigas.

Cheryl-Mary se distanciaba ostensiblemente de su hermano. Ahora tenía su propio ambiente, sus amistades, un mundo diferente y exclusivo.

A Paul, tan entregado y afectuoso, le dolió el despego de su hermana. Pero en el fondo de su corazón, siguió intacto hacia ella su afecto filial.

Paul había recurrido en varias ocasiones a su padre. Dana Curtis, que jamás había hecho otra cosa positiva que rellenar talones bancarios que el «viejo» firmaba generosamente, le quitó importancia al asunto.

—¿Qué esperabas? ¡Tu hermana es ya toda una mujer...! Y muy guapa, debes reconocerlo. Es la naturaleza, Paul: en cuanto las muchachas maduras, procuran sacudirse de la vigilancia familiar y comienzan a relacionarse con chicos. Es lo normal.

En el fondo, Dana se sentía ahora orgulloso de su hija. Cheryl-Mary era bellísima: una copia idéntica de su madre, Allana Smithson, a la que si bien Dana había alejado de allí, seguía pasando discretamente una sustanciosa pensión.

Por entonces, el germen de su enfermedad mental estaba ya arraigado en Paul Curtis. A pesar de lo cual, comprendía las razones de su padre y justificaba, en cierto modo, el desvío de Cheryl-Mary.

Su sentido puritano de las relaciones sociales, le llevó a vigilar discretamente a su hermana.

Era una vigilancia obsesiva, aunque tan disimulada e inteligente, que Cheryl-Mary jamás logró detectarla.

Paul se valía de todos los medios. Llamadas telefónicas a los lugares que Cheryl-Mary frecuentaba, a casa de sus amigas, a los camareros de las *boîtes*...

Poseía una rara habilidad para simular las voces de otras personas. En particular, imitaba a la perfección las de su padre y de su abuelo, de modo que sus consultas eran contestadas en el acto sin recelo.

Adquirió unos prismáticos muy potentes, con los cuales espiaba a su hermana a distancia.

Más tarde, compró una magnífica cámara fotográfica dotada de teleobjetivo, lo que le permitió tomar algunas fotos especialmente interesantes.

A lo largo de aquel verano, Paul siguió constantemente a Cheryl-Mary, si bien ella jamás llegó a sospechar que su hermano la vigilaba estrechamente.

Cuando llegó agosto, Paul estaba seguro de una cosa: la

conducta de Cheryl-Mary era más que sospechosa.

Apenas se relacionaba con muchachos. La información que Paul había conseguido, reflejaba que su hermana se relacionaba preferentemente con jóvenes de su mismo sexo.

En septiembre su vigilancia se interrumpió. Cheryl-Mary volvió a la Universidad y Paul se decidió a terminar su licenciatura en Derecho.

Todo ello le mantuvo excesivamente ocupado hasta el mes de mayo en que terminó su carrera brillantemente.

Fue entonces cuando reanudó la vigilancia exhaustiva a la que había sometido a su hermana.

Es preciso puntualizar que Cheryl-Mary no era una mujer muy agradecida.

Aquella muchacha que se había sentido rechazada en principio en el hogar de los Curtis, sólo había recibido un trato afectuoso por parte de Paul, quien, con tesonera paciencia, consiguió poco a poco que su hermana fuera aceptada como un miembro más de la familia. Si bien al principio, Cheryl-Mary se mostraba muy reconocida a su hermano por su entrega y generosidad, su distanciamiento posterior y su indiferencia hacia Paul llegaron a irritar a éste, que nunca hubiera esperado un trato semejante por parte de la atractiva joven.

A lo largo de mayo y junio, Paul detectó algunas de las reprobables inclinaciones de su hermana.

Cheryl-Mary bebía con exceso. Y sus preferencias se inclinaban hacia los cócteles fuertes. También fumaba con exageración.

Una mañana, al pasar ante sus habitaciones, Paul percibió el aroma acre que brotaba bajo la puerta.

Llamó con los nudillos perentoriamente, pero ella tardó en abrir.

—¿Qué quieres? —preguntó, impaciente.

Paul empujó la puerta sin violencia, pero con energía.

—Lo sospechaba —murmuró, pálido—. Los cigarrillos son solamente una excusa para ocultar tu vicio... ¡Fumas marihuana!

Escrutó su semblante, prematuramente marchito, y el brillo de los ojos femeninos.

—¿Y qué? —barbotó ella, cínicamente—. ¿Acaso tengo que darte cuentas a ti?

—Podías tenerme en cuenta —respondió él con severidad—.

Pero ya veo que nada significa para ti. Pero te advierto, Cheryl no permitiré que te conviertas en una sucia degenerada. Tu deber es comportarte como una muchacha decente, como una Curtis. Si no atiendes mi consejo, me veré obligado a...

—¿A qué, mi querido ermitaño? —se burló ella.

—Hablaré con papá. Seriamente. Le diré cómo te estás pervirtiendo —expresó él con dureza.

Cheryl-Mary se le echó al cuello, le besó en las mejillas y prorrumpió en sollozos.

—¡Por favor, no lo hagas! Me... moriría de vergüenza —suplicó.

Paul se sintió enternecido.

Ante aquel arrebato afectuoso de su hermana, imaginó que volvían a los viejos tiempos en que ninguno de los dos tenía un secreto para el otro. Bueno, en realidad, Paul guardaba algunos para sí, pero se trataba de asuntos inconfesables.

—Está bien —prometió—. No diré nada. Pero tienes que enmendarte, Cheryl-Mary. Nada de abusos alcohólicos. Nada de marihuana y esas porquerías.

Naturalmente, conseguido su propósito, ella prometió cuánto Paul quiso.

Pero a mediados de junio, Paul averiguó que su hermana se reunía en un hostel de las afueras con otras amigas. Un lugar donde no sólo se fumaban cigarrillos de marihuana: según los rumores, numerosos drogadictos conseguían allí drogas de las llamadas duras, como la cocaína, la heroína y la morfina.

Entonces, sin preámbulos, habló directamente con su padre.

—¿Drogas duras? ¡Ni hablar! —exclamó su padre—. Es posible que tu hermana se haya sentido tentada por esas experiencias propias de la gente joven. Ya sabes, la Universidad, los jóvenes marxistas, todas esas tonterías... Te confieso, Paul, que yo también llegué a fumar alguno de esos cigarrillos en mi juventud. No me hicieron ningún daño, pero tampoco me ofrecieron el paraíso que me anunciaban. Y lo dejé, sin que nadie me presionara. A Cheryl-Mary le ocurrirá otro tanto, ya lo verás.

Paul abandonó, frenético, las habitaciones de su padre.

—Su postura es suicida —barbotó.

El siguiente fin de semana, Cheryl-Mary anunció que Jenny O'Hara

—hija de un famoso magnate del apero— la había invitado a pasar unos días con ella en la finca de sus padres situada a un centenar de kilómetros de la ciudad.

Los Curtis conocían bien a los
O'Hara.

En realidad, las dos familias se relacionaban frecuentemente, pues ambos grupos formaban parte de los clanes más poderosos de la ciudad.

Dana dio permiso a Cheryl-Mary.

—Ten cuidado. Y diviértete de firme —le recomendó únicamente.

Paul hizo una sencillísima comprobación aquella misma tarde. Descubrió que Jenny

O'Hara

estaba en Canadá, y que no volvería hasta una semana más tarde.

—Lo suponía —masculló—. Cheryl-Mary miente. Luego, oculta algo.

Y se propuso averiguarlo.

Dijo en casa que iba a pasar el fin de semana pescando en el Indian Lake. Y partió en solitario de la ciudad.

No fue a Indian Lake, sino que siguió a su hermana en cuanto ésta abandonó la residencia Curtis, a la mañana siguiente.

Su hermana no se dirigió a la residencia de los
O'Hara.

Conduciendo el precioso «Nash» convertible, dio algunas vueltas por la ciudad y finalmente se detuvo en un barrio alejado de la misma, formado por casas humildes y descuidadas.

Paúl conocía aquel barrio. Era famoso por una razón: en aquel lugar existían numerosos prostíbulos.

Cuando su hermana bajó del coche y penetró en una de aquellas casas, Paul rechinó los dientes, furioso.

—La mosquita muerta —masculló—. Probablemente tiene un amante o algo parecido. Un chulo de poca categoría que ha conseguido deslumbrarla.

Esperó a cierta distancia, tremante de ira.

Su sorpresa fue mayúscula cuando vio salir a Cheryl-Mary de aquella casa, acompañada de una mujer madura, que la abarcaba familiarmente por la estrecha cintura.

Era evidente que existía suficiente confianza entre las dos mujeres, a juzgar por sus ademanes, por cómo hablaban, por sus bromas y sus risas.

La amiga de Cheryl-Mary era una mujer morena, de unos cuarenta años. Su brillante melena colgaba sobre los hombros y sus ojos oscuros destellaban. Era lo que podría llamarse una *real hembra*. Alta, escultural, de busto inmenso que ceñía un suéter, los pantalones igualmente apretados revelaban unas caderas bien formadas y unas piernas excitantes.

Tenía un rostro carnosos, mórbido, y una boca de labios gruesos, jugosos y reidores.

Las dos mujeres acababan de subir al automóvil de Cheryl-Mary, pero no fue ésta quien se sentó al volante, sino su desconocida amiga.

—Extrañas amistades las que busca mi hermana —dijo Paul—. Esa mujer parece una prostituta.

Permanecía tan absorto y perplejo que el «Nash» arrancó raudamente y se perdió de vista.

Tuvo que acelerar a fondo para alcanzar el final de la calle antes de que el «Nash» desapareciera en la carretera a Wendon Wells.

Siguió a las dos mujeres a cierta distancia. Media hora después, el «Nash» se desviaba a la derecha y tomaba un camino rural que llevaba hasta unas colinas arboladas.

Paul hizo otro tanto, aunque se demoró aún más, de forma que el coche que seguía se alejase prudentemente.

Poco después, siguiendo el polvo que marcaba la ruta, escalaba unas colinas y descubría un verde vallecito arbolado, por cuyo fondo corría un regato. Tuvo que frenar inmediatamente, porque el «Nash» se había detenido a quinientos metros de distancia frente a una destartalada cabaña disimulada entre los pinos.

A través de los prismáticos, Paul espío a las dos mujeres.

Parecían alegres y caminaban hacia la cabaña abrazadas por la cintura.

Paul experimentó una terrible sospecha. Pero un momento después, procuraba alejar de sí aquellos intranquilizantes pensamientos.

—No es posible... —murmuró.

Aquella magnífica mujer llevaba al brazo lo que parecía una

cesta de merienda.

Antes de que las dos mujeres empujaran la puerta, la morena tomó a Cheryl-Mary violentamente por los cabellos y la besó.

Paul dejó escapar un sollozo.

—No es posible —repitió una vez más.

Pero cuando media hora después avanzó a pie hacia la cabaña y se asomó a un ventanuco, vio que Cheryl-Mary y aquella desconocida —ambas absolutamente desnudas— se revolcaban agitadamente en un camastro.

Volvió tambaleándose.

—No es posible —gemía.

Pero cuando estuvo de nuevo en el coche, comprendió y asumió la realidad: Cheryl-Mary era lesbiana.

—Es una vergüenza, ¡una deshonra! —sollozó—. He de ocuparme de arreglar esto.

CAPÍTULO VII

Paul mostraba un aspecto radiante.

Su abulia catatónica había desaparecido por completo. Sus ojos brillaban. Sus movimientos eran ágiles, sueltos y expresivos. Parecía feliz con la atención que yo le prestaba.

Incluso accedió a tomar un desayuno abundante y dio las gracias cortésmente al enfermero que acababa de servirle. Se mostraba locuaz, atento, encantador. Incluso me gastó una brillante broma relacionada con la leche que estaba tomando en aquellos momentos.

Mientras comía, reflexioné sobre lo que acababa de oír.

No podía negar que la personalidad de Paul Curtis me apasionaba. Aunque más correcto sería hablar de su doble personalidad.

A veces parecía un loco violento y salvaje, incapaz de dominar sus más brutales instintos. En aquellos momentos, pronunciaba soeces palabrotas capaces de sonrojar a un sargento de «marines». Bajo la excitación de su locura. Curtis era capaz de despedazar a una persona a mordiscos, ciegamente.

Luego, a veces, surgía su más refinado psico-tipo. Entonces se convertía en un auténtico caballero. Empleaba un lenguaje culto, refinado, perfecto. Sonreía y se mostraba educado, amable, simpático, un verdadero *gentleman*.

Con mucho, yo preferí al Paul Curtis amable, civilizado, encantador, magnífico conversador, incluso erudito.

Pero era precisamente en esta faceta cuando Paul hablaba de sus crímenes.

Confieso que lograba desconcertarme. Oyéndole, en ocasiones, pensaba si no estaría burlándose sutilmente de mí con el relato de sus *crímenes*. Pero yo había tomado numerosas notas relacionadas con sus relatos, había consultado documentos, periódicos, hechos

reales... Había notado coincidencias alarmantes entre sus «relatos» y las circunstancias que rodeaban la muerte de su madre y de su hermana.

Curtis salvaje no era otra cosa que un pobre perturbado, zarandeado violentamente por los estímulos de su mente enferma. Un absoluto irresponsable.

Pero *Curtis gentleman*, además de persona exquisita, era un criminal. Y lo que más me preocupaba: *un criminal consciente de sus actos*.

¿Qué oculto mecanismo interior ordenaba sus frecuentes mutaciones, qué recónditos resortes producían tales altibajos caracteriológicos?

Para un psiquiatra vocacional como yo, el asunto era interesantísimo. Porque lo que más me intrigaba era que Paul parecía absolutamente lúcido —cuerdo— cuando narraba sus crímenes.

Durante el cuarto de hora justo que duró su desayuno, Paul no había murmurado una sola palabra. Se había limitado a comer metódicamente, gozando de forma notoria de los abundantes y nutritivos alimentos que había traído el enfermero.

Cuando terminó, dijo:

—Tal vez debí matarlas a las dos, allí, dentro de la cabaña, cuando ambos estaban entregados al placer ilícito. Pero tuve un problema de conciencia: no podía matar a una persona de la que ni siquiera conocía el nombre.

—¿A quién se refiere? —pregunté, desorientado.

—¡A quién habría de ser, sino a Magdalena Preiss, la lesbiana que introdujo a mi hermana en aquel nauseabundo mundo de vicio! —exclamó, un poco excitado.

Anoté mentalmente aquel nombre: Magdalena Preiss.

—En lugar de regresar a la ciudad, permanecí escondido en un bosquecillo próximo. Desde allí, pacientemente, obtuve unas estupendas fotos de aquella mujer, cuando ambas salieron, más tarde, a retozar por la pradera. Sólo entonces volví. Antes de las seis de la tarde, poseía una información valiosísima sobre la «compañera» de mi hermana: Magdalena Preiss, cuarenta y dos años, prostituta, hija de padre alemán y madre mexicana, dueña de un prostíbulo. Magdalena Preiss tenía ficha en comisaría. Detenida

numerosas veces por prostitución y perversión de menores (muchachas), poseía astucia suficiente para eludir la acción de la justicia. En resumen —declaró Paul—, era una degenerada. La persona idónea para...

—... para merecer la justicia del criminal NUMERO UNO —dije súbitamente.

Las facciones de Curtis resplandecieron.

—¡Usted lo ha dicho, doctor McDowell! —replicó, entusiasmado—. Era un caso para Paul Curtis. Y asumí mi responsabilidad inmediatamente.

—¿Quiere decir que... mató a Magdalena Preiss? —inquirí, estupefacto.

Sonrió. Parecía un ángel.

—Es mejor que sigamos un orden cronológico de los hechos —pronunció, con la misma entonación dramática de un experto fiscal—. Digamos que primero me ocupé de Cheryl-Mary.

Le miré con interés.

—Luego insiste en asegurar que no fue un suicidio, el de su hermana, sino un verdadero asesinato —sugerí.

—Asesinato, asesinato... Yo no lo expresaría así. Diría que fue simple justicia. Cheryl-Mary era una bastarda a la que yo había acogido con todos los honores. Demostrada su desviación sexual, mi obligación era evitar el deshonor de la familia. Sea sensato, doctor: antes o después se hubiera sabido que mi hermana era una lesbiana, unida a una prostituta de baja estofa como Magdalena Preiss. Pensé que mi hermana se había hecho merecedora de un castigo ejemplar. Se había abandonado a la molicie y a la lujuria... Pues bien: comprendí que sus propias inclinaciones servirían para hacerle justicia.

—Explíquese mejor, por favor —le rogué.

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Se mostraba agradecido por mi atención, evidentemente.

—Para mí la cosa estaba muy clara, diáfana, diría yo. Una tarde llamé a Cheryl-Mary desde un teléfono público, fingí la voz de Magdalena Preiss citándola en un lugar que ambas solían frecuentar en determinadas fechas, el «Argos Sauna». Ya sabe, uno de esos sucios negocios donde se permiten las mayores aberraciones. Mi hermana aseguró que antes de media hora estaría en aquel lugar.

¡Pobrecilla...! Ni siquiera reparó en un dato sustancial: era martes, el único día de la semana que «Argos Sauna» cerraba sus puertas a los clientes. Pero yo estaba dentro. Le abrí la puerta cuando ella llegó. Su sorpresa fue mayúscula. Pero yo cerré la puerta con cerrojo y me guardé las llaves. Tuvimos una especie de «escena de justificación». Le hablé con dureza, le dije que tenía pruebas concretas de sus orgías lesbiánicas con Magdalena Preiss, incluso le mostré algunas fotos que yo mismo había revelado en casa. Se echó a llorar. Confesó que le repelían los hombres y que, en cambio... Yo me sentía furioso. Tal vez hubiera sabido perdonar que Cheryl-Mary fuera una zorra precoz, una puta, una jovencita entregada al vicio sexual. Pero con hombres. Con mujeres no. Le dije que pensaba contar la verdad a mi padre y que la arrojarían de casa como a una apestada. Ella seguía llorando. Puse ante ella una botella de *whisky*. Y bebió una y otra vez hasta que casi terminó la botella. Cuando terminamos de hablar, apenas podía tenerse en pie. Me pidió, por favor, que la llevase a casa, y abandonamos juntos las instalaciones de «Argos Sauna». Pero no la llevé a casa.

—Salieron de la ciudad, por la carretera a Wendon Wells —sugerí.

—Justamente. La senté a mi lado en su coche y conduje despacio a lo largo de la carretera de circunvalación —especificó Paul—. Me sentía muy nervioso y choqué contra una señal de *stop* en Promenade Road. Pero nadie me vio y seguí adelante hasta que nos alejamos de la ciudad.

—¿Y...?

—Hacia el kilómetro once, donde empiezan las peligrosas curvas y cuestas, detuve el coche y cedí mi puesto a Cheryl-Mary. «Conduce tú», le dije. Pero ella se encontraba tan borracha que inclinó la cabeza sobre el volante. «Por favor, Paul —gimoteó—. ¡Alguien tiene que comprenderme! Verdaderamente, yo amo a Magdalena. ¿Qué culpa tengo de ello?». Me dio tanto asco que bajé del coche.

Cheryl-Mary, casi inconsciente, se había adormilado, apoyada la cabeza sobre el volante.

—Rodeé el vehículo, cuyo motor continuaba en marcha, quité el freno de mano, torcí el volante para que el coche volviese a la carretera y lo empujé un poco. Esa cuesta abajo era muy aguda y el

vehículo se deslizó raudo hacia adelante. Grité: «¡Buen viaje, Cheryl-Mary!». Y permanecí oculto en la cuneta hasta que el «Nash» de mi hermana chocó contra la valla y saltó al vacío. Aún esperé unos minutos, hasta que me cercioré de que ningún vehículo se aproximaba en uno u otro sentido. Entonces saqué mi coche a la carretera (lo había dejado allí oculto tras un matorral, aquella misma mañana) y volví tranquilamente a la ciudad.

¿Lo había hecho así exactamente? Yo empezaba a creerlo, por mucho que aquella idea llevase la intranquilidad a mi espíritu.

Todos los pasajes del relato de Paul coincidían punto por punto con los hechos. El lugar exacto del «accidente», la fecha, la hora...

—La versión oficial fue todo lo suave que era de esperar, dado que los Curtis poseemos gran influencia en los medios de difusión de este Estado. Se dijo que Cheryl-Mary había asistido a un cóctel. Excitada por sus éxitos estudiantiles (había aprobado el segundo curso de Filosofía y Letras unos días antes), había abusado de los combinados en aquella fiesta. Más tarde había decidido dar una vuelta en coche para refrescarse. Pero sus sentidos embotados, no daban mucho de sí. Escogió la más peligrosa carretera y... surgió el accidente. Todo perfecto, ¿no le parece, doctor McDowell?

Con su inquisitiva expresión, Paul parecía esperar mi aprobación —¿o tal vez mi aplauso?— a su crimen perfecto.

—Escruté su semblante, a la busca de un tic, de una señal que me demostrara que estaba mintiendo, que estaba, sencillamente, loco.

No encontré ningún indicio semejante. Parecía el hombre más razonable y sensato del mundo.

—¿Qué le parece, doctor? —insistió, al advertir que se demoraba mi respuesta.

Busqué la contestación adecuada. Y no fue fácil.

—Como guion literario de una maquinación criminal, me parece perfecto, Paul —repliqué, al cabo—. Moralmente, me parece reprochable. Nadie tiene derecho a tomarse la justicia por su mano, Reflexione: probablemente Cheryl-Mary no era responsable de su desviación sexual, de su lesbianismo. También hay hombres homosexuales. Padecen alteraciones congénitas de la conducta sexual. Y sufren por ello...

Pero Paul no me escuchaba ya. Ahora, aunque no se había

perdido la lucidez de su expresión, se diría que su idea fija era Magdalena Preiss.

—Desde luego, aquella perversa mujer era responsable de la pecaminosa conducta de mi hermana —le oí decir—. Quizá Cheryl-Mary no se habría entregado al vicio de no encontrar en su camino a la Preiss a la que había conocido un año atrás en «Argos Sauna». Pero lo que me decidió a asesinarla fue el hecho de que ella acudiese, elegantemente vestida con ropas de luto, al funeral de mi hermana. ¡Aquello, verdaderamente, me sacó de quicio, doctor McDowell!

Paul la había reconocido inmediatamente. Aunque Magdalena Preiss trataba de pasar desapercibida, ocupando un lugar distante entre las personas que acudieron al enterramiento en el panteón de los Curtis, en el Memorial Cemetery de Ennios Site, Paul Curtis había reconocido a aquella espléndida mujer en el acto.

—¡Era una desvergüenza! ¡El luto! —clamó Paul, escandalizado—. Se había vestido de luto como una esposa desconsolada. La miré, escruté su rostro insistentemente, pero ella sollozaba con la mirada fija en el féretro que los empleados de la funeraria hacían descender al panteón. Buscaba en ella, quizá en mí mismo, una justificación, una disculpa que me impidieran hacer recaer sobre aquella pecadora la justicia que se merecía. Pero no hallé en ella nada que la exculpara.

Paul siguió a Magdalena Preiss hasta aquel barrio escondido de nombre impronunciable. Averiguó que ella había despedido a sus chicas por el resto del verano y se había retirado de, digamos, el negocio. Al menos, eventualmente.

—Incluso asistía al templo católico de Saint James —relató Paul, acusador—. Permanecía largo rato arrodillada. ¡Seguramente rezaba por mi hermana!

—Tal vez, esa mujer, Magdalena, amaba sinceramente a Cheryl-Mary —dije en voz baja, sin atreverme a alzar la voz para no perturbarle.

—Pero ¿qué clase de amor? —exclamó Paul, examinándome con la misma atención que un entomólogo pondría en un insecto rarísimo y apreciado.

Al ver que yo no contestaba, Paul siguió hablando.

—Era un amor impuro, contra Natura —expresó, sin enfurecerse

—. Era una pasión basada en el vicio, carente de virtudes. Aquella mujer era una pecadora, una degenerada sin posibilidades de recuperación. No crea, doctor McDowell, que tomé una decisión irreflexiva. Por el contrario, pasé muchas noches en vela meditando aquel problema. Aunque debo confesarle que mi sentencia había sido adoptada de inmediato, *a priori*. Quizá me llevase más tiempo estudiar el método de aniquilarla, aunque al principio vacilé sobre si debía olvidarme de ella o, por el contrario, hacerle justicia.

—¿Y finalmente...? —propuse.

—Decidí matarla. Podía aprovechar aquel lapso de inactividad en su inconfesable negocio. Magdalena Preiss no se relacionaba con nadie y apenas salía de casa para asistir, cada tarde, a la iglesia de Saint James. Estudié, pues, el interior del templo, los movimientos de los fieles y, sobre todo, las idas y venidas de los sacerdotes y acólitos que prestaban su servicio religioso en Saint James. Todo ello me sirvió para establecer que Magdalena Preiss prefería ocupar un lugar retirado del altar, junto al retablo de Saint Joseph, situado a la derecha. E hice una prueba.

—¿Cuál?

—Asistí dos tardes a la novena en honor a San Ignacio: Y ocupé un lugar próximo a ella. Permanecía todo el tiempo místicamente absorta en los rezos y oficios de aquel rito católico. La segunda tarde, una señora de cierta edad se desmayó durante la novena. Dos señoras y un caballero elevaron a aquella mujer del suelo y la sacaron de la iglesia. Fue este incidente lo que me dio la pauta a seguir.

—No le entiendo, Paul. Explíquese, por favor —rogué.

La mirada que me dirigió entrañaba un desprecio manifiesto. Él era capaz de intuir las soluciones a arduos problemas en décimas de segundo, yo, ni aun disponiendo de ciertas pistas podía llegar a la solución. Algo así significaba aquella intensa y larga mirada.

—Ya veo que no posee mi agilidad mental. Pero se lo explicaré todo detalladamente. Comprendo, doctor McDowell, que usted no es un criminal como yo —sonrió, comprensivo y conciliador—. Pues bien: el incidente de aquella mujer desmayada me suscitó la idea de cómo podría manipular a Magdalena Preiss a mi capricho. A la tarde siguiente, me senté junto a ella, en el mismo banco. Ni siquiera reparó en mí, pues nunca me había visto. Su desconsuelo

era notorio: permanecía arrodillada, con las manos ocultando su rostro, intensamente concentrada en sus rezos que yo sólo podía adivinar por el leve bisbiseo que percibían mis oídos.

—¿Una inyección? —pregunté, ávido.

—¡¡Sí!! —clamó Paul, muy excitado. En su concepto, yo ahora merecía un diez—. Eso es, una inyección. La tenía dispuesta en mi mano. La delgada jeringuilla hipodérmica estaba en la palma de mi mano derecha, llena de un rápido anestésico. La aguja era delgadísima. Prácticamente, debía penetrar en los tejidos sin hacerse notar, pues el líquido era muy fluido...

Esperó, atento, a los movimientos de los fieles. Había observado —aunque él no era católico— que las personas que asistían al acto se arrodillaban, erguían o sentaban al unísono en determinados momentos, sin necesidad de obedecer a ninguna señal aparente.

Aguardaba en tensión. La señorita Preiss seguía arrodillada a su lado, ajena a cuanto le rodeaba.

Bruscamente, las personas que asistían a la ceremonia real se levantaron de los bancos y se arrodillaron.

Simultáneamente, Paul clavó la aguja de su jeringuilla en la espalda de la enlutada Magdalena Preiss, la cual se volvió un momento y luego, con toda brusquedad, cayó sobre el banco.

Varias personas se inclinaron solícitas sobre ella.

Paul permitió que la alzarán del suelo y la sentaran en el banco.

—¡Gracias, gracias! —susurró Paul—. Es mi esposa. Suele sufrir estos desmayos, sobre todo en la iglesia.

—¡Pobrecilla! —murmuró alguien.

—Es un síncope —dijo un hombretón fornido, de baja estatura—. Conozco los síntomas.

Se había armado un cierto revuelo alrededor de ellos.

Cuando Paul comprendió que había llegado el momento, sonrió beatíficamente, agradeció a todos sus desvelos, tomó a Magdalena por la cintura y la separó de aquel lugar.

—Gracias, se le pasará enseguida. Suele ocurrirle a menudo. Gracias a Dios, no es nada de importancia. La sacaré a la calle. Tengo aquí el coche, muy cerca... ¡Gracias, gracias, han sido muy amables!

Magdalena Preiss pesaba demasiado, pero él la llevó como una pluma hasta la cancela. Allí, dos de los caballeros que permanecían

bajo el arco del coro, le abrieron cordialmente la puerta y Paul arrastró en un vuelo a su presa hasta la calle.

—Tenía allí un coche, que había alquilado aquella misma tarde. La metí dentro, la dejé sobre el asiento trasero, y viendo que nadie nos prestaba atención, arranqué.

Súbitamente, calló.

—¿Qué supone que hice a continuación, doctor McDowell? —inquirió, con un brillo malicioso en los ojos.

Yo me sentía muy inquieto escuchando aquel relato salvaje. Pero me esforcé en seguir manteniendo una actitud atenta.

—No acierto a imaginarlo, Paul —confesé—. Usted es más inteligente que yo. Si no me lo dice...

Le había llegado el momento de su revancha. Desde luego, se sentía ufano y orgulloso de que yo le considerase intelectualmente superior a mí.

Observó con atención sus fuertes manos y las uñas, que un enfermero le había cortado a raíz después de que se seccionase la yugular a sí mismo.

—Atravesé la ciudad y conduje durante media hora por la carretera 29. Sólo abandoné la carretera cuando llegamos a un lugar llamado Wild Oaks...

Yo conocía aquel lugar. Era un bosque de robles, muy ralo, situado a la altura del kilómetro cuarenta de la carretera que acababa de mencionar Curtis. Era un lugar agreste, salvaje y solitario.

—Llevaba en el maletero un corto zapapico, con el que en menos de una hora había cavado una zanja suficientemente honda al pie del roble más grande que encontré a unos doscientos metros de la carretera, protegido de la vista de los posibles conductores que transitaran por la 29 por una loma de escasa altura. Magdalena aún no había vuelto en sí. De modo que pensé que...

La puerta de la celda se abrió. Uno de los enfermeros nos miró y anunció:

—El señor Jonathan Curtis se encuentra en el vestíbulo. Ha preguntado si puede visitar a su nieto. ¿Qué debo responder, doctor McDowell?

Miré a Paul. Parecía feliz ante el anuncio de la visita de su abuelo. Yo me sentía como sobre ascuas, ansioso por conocer el

desenlace del relato de Curtis, pero finalmente entendí que lo más correcto era permitir que el poderoso abuelo Curtis visitase a su nieto preferido.

—Muy bien —dije—. Seguiremos charlando, Paul. Quizá luego, más tarde, después del almuerzo. ¿Le parece bien?

Me había alzado de la silla y escrutaba su expresión.

La impresión que recibí nunca se me podrá olvidar. La faz de Paul se había transfigurado de tal forma que sus músculos faciales deformaban su rostro diabólicamente.

Completamente crispado, gruñó:

—¿Qué se ha creído, viejo matasanos? ¡Márchese, márchese ahora mismo! ¡No tengo nada que decirle!

Asombrado, retrocedí hasta la puerta. No podía concebir que el amable y educado Paul Curtis al que yo llevaba escuchando más de tres horas, se hubiera transformado fulminantemente en el grosero individuo que ladraba improperios contra mí.

Aturdido, me apresuré a abandonar aquella celda.

Al otro lado de un largo pasillo, el médico de guardia precedía en actitud servil a un elegante y maduro individuo de canosos cabellos.

Era un hombre de presencia física arrogante. Su estatura, rayana en los dos metros, su traje impecable, lo aplomado y seguro de sus pasos, sus facciones rojizas, enérgicas, causaban impresión.

El médico de guardia se detuvo un momento cuando nos cruzamos.

—El doctor McDowell —dijo.

Pero Jonathan Curtis siguió adelante sin prestarme más atención que a una repugnante cucaracha.

CAPÍTULO VIII

Helen apenas podía disimular su mal humor aquella tarde.

Durante el almuerzo apenas habíamos hablado. Además, se sentía molesta porque yo me hubiera trasladado directamente desde el aeropuerto —aquella mañana— al Sanatorio Psiquiátrico sin haberle enviado un aviso.

Yo no la había telefonado para no despertarla, puesto que mi esposa solía levantarse a las nueve de la mañana para acompañar a la pequeña Nelly hasta la cercana guardería, donde comenzaba a iniciarse.

Claro que la tensión de mi esposa se había hecho más intensa cuando, tras el almuerzo —y sin la compensadora sobremesa acostumbrada—, yo me había marchado al garaje. De un armario metálico había seleccionado un pico y una pala, que acababa de guardar en el maletero cuando ella apareció en la puerta.

—¿Tarde de campo? —preguntó agriamente.

—Algo —respondí, contemporizador, pues en modo alguno quería confiarle mis dudas íntimas.

—Si esperases una hora, podríamos acompañarte —dijo ella, observándome de aquella forma especial que yo conocía tan bien (cuando estaba a punto de estallar).

—No puedo esperar. Se trata de... una pequeña exploración —no sabía qué disculpa poner—. Tal vez compremos un terreno, donde construir una casa de campo. Quiero ver qué tal es la tierra. Y para ello...

—Te equipas como un peón de la construcción —gruñó Helen, con la peor intención.

No le hice demasiado caso. Entré en la cocina para terminar apresuradamente mi taza de café, me despedí y subí al coche. Cuando salí a la calle, ella se quedó en la puerta y me siguió con la mirada hasta que mi coche se alejó.

Eran las tres de la tarde. Estábamos en abril y la primavera estallaba en los campos con su esplendor habitual. Las herbosas cunetas de la carretera 29 estaban salpicadas de margaritas silvestres, unas blancas, impecables, otras rabiosamente amarillas.

Wild Oaks, kilómetro doscientos cuarenta de la carretera interestatal número 29.

Allí, según Paul Curtis, había, enterrado, viva a Magdalena Preiss.

Bueno, en realidad, él no había confesado que enterrase a aquella mujer viva. Pero la expresión de su rostro me lo había dado a entender.

En cualquier caso, yo necesitaba salir de dudas. En las últimas semanas había dedicado a Paul Curtis una atención intensa, casi exclusiva. Naturalmente, en detrimento del cuidado que yo debía mostrar a los demás enfermos mentales confiados a mí.

Debía averiguar de una vez si Paul decía la verdad o era un terrible simulador.

Nada más llegar a casa, había llamado al servicio de carreteras. Un celador de servicio me había atendido amablemente:

—¿La señal de *stop* en el cruce de Promenade Road con la carretera? En efecto, la retiramos de allí completamente destrozada, arrancada de cuajo. Tuvimos que poner otra nueva. A propósito, ¿sabe quién lo hizo?

—Se lo diré en cuanto lo averigüe —respondí. Y colgué.

Paul no había mentado. El día que asesinó a su hermana, poniéndola, absolutamente borracha, al volante de su «Nash» deportivo, Curtis había destrozado aquella señal de tráfico. Esto estaba demostrado.

Conduje a excesiva velocidad carretera 29 adelante. La tarde era hermosa, soleada. La temperatura tibia y el aire que penetraba a través de las ventanillas traía intensos aromas florales.

Kilómetro cuarenta. El primer, el segundo hectómetro. Mi coche se detuvo en la cuneta.

¿A la izquierda, a la derecha?

Paul no me lo había explicado. Pero observé el terreno durante unos minutos, mientras me fumaba un cigarrillo.

A la derecha, el terreno era sensiblemente llano.

—«... *protegido por una loma de escasa altura*» —recordé casi

literalmente de las palabras de Paul.

¡A la izquierda! Había un camino, poco más que un carril, festoneado de margaritas a izquierda y derecha. Más allá, el camino se perdía de vista, pero surgía a unos ciento cincuenta metros y escalaba una suave loma. ¡Aquél era el lugar exacto!

Tras la suave elevación del terreno, destacaba la masa oscura de un roble centenario.

—Ése es el árbol —me dije. Y volví al coche.

Por desgracia, cuando escalaba la loma, oí unos grititos femeninos. Más allá, un autobús escolar.

Unas cincuenta niñas entre diez y doce años retozaban en la pradera herbosa. Dos mujeres de unos cuarenta años —sus profesoras, sin duda—, estaban sentadas sobre una manta a la sombra del majestuoso roble centenario. Dentro del autocar, el conductor realizaba una corta siesta, con la cabeza apoyada sobre el volante.

Una excursión de primavera. Dos maestras que habían sacado a sus jóvenes alumnas al campo para que gozasen de una tarde primaveral.

Pero a mí me la habían hecho buena.

No podía frenar en seco —a veinte metros de las dos profesoras — y dar la vuelta sin llamar la atención.

Seguí conduciendo pues, muy despacio, y cuando llegué junto a las niñas y sus maestras alcé un brazo en señal de saludo, gesto que fue correspondido por unas alegres voces juveniles.

Mi coche descendió despacio una suave vaguada, subió hasta un cerro de poca altura y se detuvo bajo la sombra espesa de un grupo de robles.

Desde allí, oteé el panorama.

Paul había cavado una zanja al pie del roble más grande a unos doscientos metros de la carretera.

Con mis prismáticos de campo, dirigí una larga y minuciosa ojeada a los alrededores. Ahora ya no tenía ninguna duda: el roble que Paul había mencionado era aquél a cuya sombra descansaban las dos maestras, vigilando a sus inquietas alumnas.

No había ningún árbol que pudiera semejársele. Ninguno, en todo lo que abarcaba mi vista, era tan alto, frondoso y sólido como aquél.

«Seguramente lo escogió como referencia», pensé.

Me sentía muy nervioso, impaciente.

—¡Puñetera casualidad! —clamé entre dientes—. Precisamente a unas solteronas se les ha ocurrido sacar hoy a sus alumnas al campo. Y no a cualquier lugar, sino hasta las proximidades del roble gigante que se encuentra a doscientos metros del kilómetro 40 de la carretera 29, a la izquierda.

Puse la radio, encendí un cigarrillo, traté de distraerme, de pasar el tiempo lo mejor posible.

«Al fin y al cabo, llegará el momento en que emprenderán el regreso a la ciudad —pensé—. Y entonces...»

Tardaron dos horas exactamente en desalojar la bella pradera cubierta de margaritas.

A las seis y media, una voz aguda resonó en el robledal. Las niñas, de mala gana, abandonaron sus juegos y fueron reuniéndose al pie del autocar. Cuando la última de ellas hubo subido al vehículo, las dos profesoras hablaron un momento con el conductor y ascendieron también.

El autocar descendió la suave pendiente que llevaba a la carretera, ganó velocidad cuando llegó arriba, hizo la detención reglamentaria y arrancó, camino de la ciudad.

Desconfiado, eché una ojeada a los alrededores. Todavía era de día, aunque la luz del sol se había tornado anaranjada. Decidí esperar media hora antes de volver hacia el corpulento roble.

Mi prudencia se demostró eficaz, porque cuando me metía en el coche, dispuesto a bajar hacia la hermosa loma, vi con asombro que el autobús escolar abandonaba la carretera y bajaba de nuevo.

Las dos maestras descendieron con varias de sus alumnas. Corrieron hacia el otero y las vi ir de un sitio a otro, como si buscaran algo. Y finalmente lo encontraron... ¡un pequeño jersey azul, que alguna de las alumnas había olvidado en la pradera!

Cuando se fueron estaba poniéndose el sol. Arranqué el motor y descendí, despacio, hacia la vaguada.

Ya caían las sombras de la noche, cuando saqué las herramientas del maletero y me acerqué a aquel roble antañón, cuyas hojas movía ahora la brisa vespertina.

Miré el suelo, alrededor del tronco, en busca de alguna señal reveladora.

No encontré nada. La hierba crecía abundante a su alrededor. ¿Qué podía esperarse después de casi tres años?

Sintiéndome culpable, clavé el pico aquí y allá, siempre en las cercanías del tronco. En algunas partes, el acero tropezaba con las raíces escondidas... Insistí. Y entonces, en la parte orientada a occidente, el pico se hundió blandamente en la tierra.

Comencé a cavar con todas mis fuerzas, ansioso por terminar cuanto antes.

«¡Si uno de esos guardas forestales me sorprendiese cavando aquí...!», pensé, con gran inquietud.

¿Qué podría ocurrir?

Nada. Me bastaría decir que estaba buscando lombrices para pescar.

Mis brazos se movían diligentes, arrancando grandes trozos de tierra y hierba.

—Pero ¿y si el guarda llegase cuando, debajo, hallase el cadáver de Magdalena Preiss? Me encontraría en una situación verdaderamente embarazosa... ¿Cómo explicaría mi extraña conducta?

Me detenía a veces, sudoroso. Y dirigía una larga e inquisitiva mirada alrededor de mí, escrutando aquellos parajes de los que huía la luz inexorablemente.

Por fortuna, el lugar se encontraba solitario y sombrío. Si algún vehículo se aproximaba, yo lo oiría inmediatamente.

—Es curioso —reflexioné, mientras recuperaba el aliento—. Cualquier hombre honrado puede sentirse culpable en determinadas situaciones...

Mi pala desalojó la blanda y húmeda tierra.

Pico y pala, pala y pico durante más de una hora. Apenas veía ya, cuando la punta del pico se enredó en algo.

Dejé la herramienta, anhelante, palpé el fondo de la hoya... Mis dedos tocaron un tejido consistente. Como apenas podía ver, salí de aquella zanja de un salto y busqué una linterna en el coche.

¡Maldita sea, la había dejado en la cocina aquella noche en que saltó el fusible automático y todo quedó a oscuras en casa...!

No importaba. El encendedor sería suficiente.

Sentía cierto temor y una enorme ansiedad cuando descendí nuevamente a la fosa y encendí el mechero.

El trozo de tela que mis dedos habían palpado en la penumbra correspondía a una pieza de tela sedosa, como de un vestido negro.

Enlutada. Así había asistido Magdalena Preiss al enterramiento de Cheryl-Mary Curtis. Según Paul, Magdalena había vestido ropas negras, de luto, a partir de aquel momento.

Pero un pedazo de tela... ¿Qué significaba?

Tomé el pico y cavé cuidadosamente alrededor.

Hasta que descubrí el cuerpo casi por entero. De una mano descarnada se deslizó una sortija, cuyo brillante destelló fuerte a la luz del mechero.

Entonces salté fuera de la fosa, recogí las herramientas y volví al coche.

Era preciso que tornase cuanto antes a la ciudad y me entrevistase con Bob Courtman, teniente del Departamento de Policía.

CAPÍTULO IX

—¿Estás seguro?

No me gustó el escepticismo de Courtman. Se esforzaba en su actitud derrotista, parecía acentuar estúpidamente su incredulidad.

Y el caso es que él tenía motivos para confiar en mi sensatez. Habíamos realizado juntos los estudios secundarios. Y juntos habíamos ido a la Universidad. Ciertamente que luego él la abandonó para ingresar en la academia de Policía y que yo seguí en la facultad de Medicina hasta mi licenciatura. Más tarde, yo había hecho la especialidad de Psiquiatría en Nueva York.

Pero, al fin, los dos habíamos vuelto a recomenzar la vieja amistad. Bob Courtman era un hombre de unos cuarenta años, recio, compacto, ágil y un policía excepcional, perfectamente formado técnicamente.

Nos habíamos visto a menudo, nos tratábamos, nuestras esposas se conocían y congeniaban, las aficiones de Bob eran las mías.

Y ahora...

—No me obligues a repetir las cosas una vez más, Bob —invoqué, impaciente—. Allí hay un cadáver y estoy seguro de que es el de Magdalena Preiss. Tú acabas de decirme que, efectivamente, esa mujer fue dada por desaparecida hace más de dos años. Sabemos dónde está su cadáver. ¿Por qué no me escuchas, por qué no actúas? —clamé, nervioso.

—Cálmate —respondió él, esquivando mis ojos—. Llamaré al capitán Quatermain. Veré qué puedo hacer.

Salió del despacho tras recomendarme:

—No te impacientes si tardo en volver. No sé si Quatermain está en la ciudad. Pide un café o una cerveza. Te lo traerán enseguida.

«Veré lo que puedo hacer», acababa de pronunciar. ¿Desde cuándo aquella indolente actitud?

—Apenas puedo entenderlo —recapacité—. Traigo una denuncia

sobre el hallazgo de un cadáver, doy los datos exactos, le explico la confesión de Paul Curtis... y Bob se manifiesta lento, incrédulo, inexpresivo, indolente.

Algo había cambiado en Bob.

Pensé en lo que yo había dicho, en mis propias palabras.

Y súbitamente tuve la solución: Bob Courtman me había atendido con una cierta excitación al principio. Parecía propicio a aceptar mi historia, a ayudarme... hasta que pronuncié el apellido Curtis. Fue entonces cuando su entrecejo se frunció, sus ojos se entornaron, sus labios se crisparon y sus manos se tornaron tan impacientes como mariposas alrededor de la llama de una vela.

Curtis. Fié ahí el problema.

Como casi todos los funcionarios del Estado, como la mayoría de las gentes humildes, Bob se estremecía cuando oía pronunciar aquel apellido: Curtis.

Eran casi las nueve de la noche. Yo había llegado a la comisaría una hora antes. Pero Bob, con sus constantes y estúpidas preguntas, con sus intentos de comprobar si yo estaba sobrio... con todos aquellos rodeos, me había hecho perder lastimosamente una hora.

Pasaba el tiempo.

Ni siquiera había telefoneado a Helen para tranquilizarla. Pero Bob no demostraba la menor prisa en regresar.

Entretanto, yo fumaba un cigarrillo tras otro.

Cuando ya me disponía a marcharme de allí, sonaron unos pasos en el corredor.

Bob Courtman apareció en la puerta.

—¡Date prisa! Quatermain dice que debemos ir a comprobar tu declaración —dijo.

¡Al fin!

Corrí en pos de él, pasillo adelante, y luego descendimos a la par la escalera que llevaba al garaje del sótano.

Salimos a la calle en un auto-patrulla. Otro coche nos seguía.

—¡Dile que se dé prisa! —grité, señalando al conductor. Pero Bob frunció los labios en un rictus escéptico.

Dijo algo acerca de la densidad del tráfico ciudadano a aquellas horas de la noche, y también aludió a la necesidad de que debíamos pasar inadvertidos.

Pero ¿por qué? Se trataba de una actuación policial. Bastaría

hacer sonar la sirena, para que las apretadas hileras de vehículos dejaran libre el carril de la izquierda.

Entre Travers y Graylocks Street, nuestro coche embistió a un furgón de reparto.

Bob bajó inmediatamente y yo hice otro tanto.

Mi amigo estaba dando una bronca fenomenal al conductor del furgón y yo me sentí tan violento que estuve a punto de gritar:

—¡No tienes razón! Ha sido tu chófer el que ha embestido torpemente a este vehículo.

Pero no dije nada. Me bastaba comprobar la conducta de mi amigo el policía, sus facciones tensas, la impaciencia que demostraba, su mirada esquiva...

Bob me estaba ocultando algo, de eso estaba seguro.

«Quizá esté de parte de los Curtis», pensé. Y yo mismo me asusté al concebir aquella idea.

No era posible. El teniente Courtman era el policía más honesto de la ciudad. A otros podrían tentar los sobornadores, pero a Bob...

Entretanto, se había formado un embotellamiento de mil diablos. Centenares de automóviles confluían en el cruce a través de Travers Row y Graylocks Street. Sonaban los claxons, se increpaban agriamente los conductores, todo el mundo gritaba y alborotaba.

Algo más de media hora después, unos agentes motorizados lograron enderezar el tremendo follón. Precisamente en el último momento, cuando le hubiera bastado esperar unos segundos, Bob gritó al conductor:

—¡Monta en la acera, Dave! ¡Hemos de salir de aquí como sea!

Cuando se dejó caer en el asiento trasero junto a mí, advertí su respiración entrecortada y la crispación de sus viriles facciones.

El coche radio-patrulla arrancó bruscamente, golpeó de refilón a una furgoneta que le estorbaba el paso, tiró un banco empotrado en la acera, lo despidió peligrosamente contra la fachada de un cine, subió a la acera, esquivó un grueso sicómoro, embistió un kiosco de periódicos, descendió a Potter Lane y partió como una flecha hacia la carretera veintinueve.

—¿Has visto? —se pavoneó Bob, nervioso—. Nadie puede igualar a nuestros hombres cuando se trata de un caso urgente.

¡Un caso urgente...!

Eran más de las diez y media de la noche. Yo había perdido más

de hora y media con Bob Courtman, cuando me hubiera bastado una simple llamada telefónica, anónima, a la policía, para obtener una respuesta inmediata.

—Pese a quien pese, ahora estamos en el camino —me dije—. Quince minutos más y estaremos allí.

No llegó a un cuarto de hora de camino. Al distinguir a la luz de los faros el bosquecillo de robles, hice una señal perentoria y grité:

—¡Pare, pare! Es ahí. El camino de la izquierda. ¡Ya estamos!

El conductor del vehículo en que viajamos frenó tan brutalmente que Bob y yo fuimos despedidos con gran violencia contra el respaldo del asiento delantero. Mis manos se afianzaban a la parte superior del asiento, cuando el radio-patrulla viró a la izquierda y golpeé violentamente contra Bob, quien ahogó un gruñido malhumorado.

Allá iba nuestro coche, seguido del otro radio-patrulla, saltando como un canguro sobre los baches del camino.

La vaguada, la cuestecita sinuosa que seguía, los profundos barrancos abiertos en la tierra por las lluvias.

Y finalmente, el roble.

La tierra removida alrededor de la fosa, la tierra que yo había sacado de allí con gran esfuerzo.

Los dos coches frenaron bruscamente.

Empujé la portezuela y bajé. Otras puertas se abrieron simultáneamente. Ocho robustos policías de uniforme se acercaron al lugar a la luz de los faros.

—¿Es aquí, teniente?

—El doctor McDowell les informará —dijo Bob, con un acento tan frío y distanciante que me heló la sangre en las venas.

Anduve unos pasos hacia la zanja que yo mismo había abierto aquel anoche.

—Sí, aquí es —respondí.

Y en aquel momento advertí que los montones de tierra eran mucho más elevados y voluminosos que los que yo había dejado alrededor del hoyo. Incluso había huellas recientes de zapatos con suela de caucho. Me estaba inclinando sobre aquellas huellas para estudiarlas, cuando alguien me empujó bruscamente.

Caí al suelo, me revolví inmediatamente.

—Perdone, doctor —pronunció el agente que empuñaba un

descomunal pico—. Tropecé con usted sin querer.

Me sentía rabioso. Aquellos hombretones me observaban con una mueca irónica en los labios.

Ninguno me tendió una mano.

Busqué ansiosamente a Bob con la mirada, pero no le vi.

Cuando me levanté de la húmeda tierra, advertí que aquellas nítidas huellas de zapatos estaban borradas: mi propia espalda las había aplastado en su caída.

Bob apareció un momento después.

No se acercó a mí. Apoyado en el tronco del roble, preguntó sin mirarme:

—¿Es éste el lugar?

—¡Ya lo he dicho! —exclamé, rabioso—. Éste es el sitio. Pero mucho me temo que...

—Caven ahí dentro —ordenó, sin darme tiempo a terminar.

Un corpulento policía se dejó caer al fondo de la fosa y comenzó a escarbar furiosamente.

Pero cuando mis ojos descendieron hasta el fondo de aquella hoya comprendí que alguien había estado allí, cavando, después de que yo escapase hacia la ciudad para pedir la colaboración de Bob Courtman.

Era evidente. Yo había encontrado un cadáver a poco más de medio metro de profundidad. Ahora el hoyo tenía bastante más de un metro.

Me retiré lentamente del borde de la zanja.

Otro agente había relevado al primero y las paladas de tierra húmeda caían sordamente sobre los montones.

Busqué a Bob.

Indiferente, fumaba un cigarrillo apoyado en el grueso tronco del roble. Pero no me miraba. De vez en cuando, daba una orden a sus hombres, pero yo comprendí que hacía todo aquello de una forma meramente mecánica. Y otra cosa: me esquivaba.

Al fin, uno de los policías gritó:

—¡Dos metros! ¿Es bastante, teniente?

Courtman respondió:

—Es el doctor McDowell quien tiene que decidirlo. Fue él quien hizo la denuncia.

—Aquí no hay ningún cadáver. Las raíces del árbol cruzan la

tierra en todas direcciones. Seguir cavando sería, estúpido, teniente.

—Eso me temo —replicó Courtman.

Y rodeó el corro de policías que circundaban la fosa y se detuvo a unos pasos de mí.

—Jack...

Me estremecí de rabia.

—Jack, ahí no hay nada. Claro que tú empezaste a cavar al anochecer. La luz debía ser muy escasa. Tal vez te confundiste. Tomaste por un cadáver lo que sólo era una de esas raíces deshilachadas, ¿las ves? —Se asomó al borde de la zanja—. Podemos cavar aún más profundamente... y llegaríamos hasta Siberia.

Unas risotadas burlonas acogieron su *gracia*.

—Sí. Debí equivocarme —pronuncié en voz alta y clara—. Lamento haberles molestado. Tal vez aquí nunca hubo un cadáver... Quizá sólo hubo...

Como quiera que yo callé bruscamente, todos se me quedaron mirando. Incluso el teniente Bob Courtman.

—¿Qué es lo que hubo? —preguntó mi amigo audazmente.

—Un saco de dólares. Un inmenso y repleto saco de dólares —respondí con amargura.

CAPÍTULO X

Era la mañana de un domingo de primeros de mayo.

La noche anterior, yo había permanecido hasta las dos de la madrugada reflexionando en mi despacho. Ello, unido a que abusé un poco del «Tanders» con hielo, consiguió que aquella mañana yo me sintiera especialmente somnoliento y fatigado.

Nelly se había escurrido de su cama y canturreaba una cancioncilla publicitaria de la «tele». Al oírme gruñir, molesto, mi esposa se alzó del lecho y fue a la habitación de la niña.

Era imposible. Yo estaba ya despierto y bien despierto, absolutamente desvelado. La entrañable mañana de domingo en la cama se había ido a hacer puñetas.

Ellen regresó poco después. Y se sorprendió mucho al verme despierto y con la mirada clavada en el techo.

—Creí que... Pero ya veo que no vas a seguir durmiendo. Y a propósito: no quise distraerte anoche, puesto que te noté cansado. Pero a mediodía encontré esto en el buzón.

Me incorporé sobre los codos y tomé el sobre que me tendía Helen.

Saqué una hoja plegada. El membrete era del Atlantic Bank, donde teníamos nuestra cuenta bancaria. Aunque todavía adormilado, imaginé que se trataría de un cargo por la cuenta del teléfono o una letra de la casa.

No era nada de eso, sino un depósito en nuestra cuenta corriente de... ¡cien mil dólares!

Helen me observaba atentamente. Supongo que no le extrañó que yo saltara de un brinco sobre el lecho.

—¡Cien mil dólares! —grité—. ¿Es que has apostado a las carreras?

No era habitual en Helen, pero algunas semanas apostaba cinco o diez dólares. Instantáneamente calculé los beneficios de una triple

gemela... De ninguna forma podían ganarse cien mil dólares. A menos que se apostasen muchos miles. Y eso...

—Sé tanto como tú —dijo Helen, adivinando mi inmediata pregunta.

—¿Entonces...?

Ella no podía responderme. También su rostro expresaba estupefacción. Sin duda, esperaba que yo le explicase aquella especie de milagro.

Durante unos minutos, no supe qué decir. Me estaba estrujando las meninges, a la búsqueda de una explicación plausible.

Porque era cierto que alguien había depositado cien mil dólares a nuestra cuenta, que apenas arrojaba un saldo positivo de cinco mil ciento noventa dólares.

—Debe de ser un error —pronuncié lentamente, enrollando aquel papel en mi dedo índice:

—Eso mismo dijiste cuando alguien me regaló un «Mustang» convertible —respondió Helen demostrando su agilidad nemotécnica.

—¡Curtis! —murmuré, con voz estrangulada.

—¡Los Curtis! —dijo ella, como un eco.

Me eché fuera de la cama imperiosamente, con rabia.

—No he hecho nada para merecerme cien mil dólares —dije, mirando fijamente a mi esposa—. Haré que le devuelvan al viejo ese dinero.

Helen se arrojó en mis brazos. Me estrujó, me besó, me volcó materialmente sobre la cama.

Y entonces, juntos los cuerpos, dijo:

—¿Por qué, Jack, por qué? Tú eres un hombre honrado. Lo has demostrado mil veces desde que te conozco. Nunca te dejaste sobornar, ni siquiera admitiste pequeños regalos de los pacientes que atendiste o de sus familiares, agradecidos... Pero ahora, ¿por qué rechazar ese dinero? —Me tomaba por los brazos, me zarandeaba, me besaba, se erguía bruscamente—. Ellos quieren compensar tus esfuerzos en relación con Paul Curtis. ¡Les sobra el dinero! Tienen... mil millones de dólares. ¿Y qué significan cien mil en comparación con mil millones? ¡¡Nada, absolutamente nada!! Es como si dices diez centavos al muchacho que te abre la puerta de tu coche, quizá aún menos. Tú... has hecho mucho por Paul, me

consta. Y ellos se muestran agradecidos. Por eso han hecho esto —agitó violentamente aquel impreso bancario.

Mi garganta estaba seca como la lija.

—No es un rasgo de agradecimiento, Helen —pronuncié con voz ronca—. Los Curtis no me agradecen nada.

Helen se sublevó.

Con el rostro congestionado, blandió aquel papelito agitadamente.

—Entonces... ¿qué significa esto? —imploró desesperadamente.

—Es un soborno. Me están sobornando para que no diga lo que sé, para que no denuncie, para que calle... Como centenares de otras personas. Esos cien mil dólares son el pago de mi silencio. Podría tomarlos, quedarme con ese dinero. Pero no lo haré.

Helen empezó a sollozar.

—¡Jack, Jack! ¡Nuestra casa de campo, nuestros sueños de tantos años! ¿No lo recuerdas? Unas verdes praderas, dos caballos, largas galopadas en las tardes del otoño, Nelly sostenida entre tus brazos, una preciosa casa de campo, unas hectáreas de bosque... ¡Todo ello sería posible con sólo que tú dijeras sí! —pronunció con voz vibrante, acongojada.

Pero yo dije:

—No, no, Helen. Es posible que nuestros sueños se conviertan en realidad alguna vez. Pero no a costa de mi silencio culpable.

—¿Tan poco te importa Paul Curtis? —clamó mi esposa, violenta.

Me dolió aquello, ciertamente.

—Paul me importa mucho. El necesita más ayuda que nadie. Pero no es aceptando cien mil dólares como mejor le prestaré mi ayuda. ¿No lo comprendes, Helen? No te he ocultado nada. Ya sabes que Courtman se dejó sobornar. Es obra del viejo, de Jonathan Curtis. El solo trata de acallar el escándalo, aunque... precisamente Jonathan es el principal responsable.

—¿Por qué? —imploró Helen, que veía evaporarse inútilmente nuestros sueños.

Me incorporé despacio. Ella ya se había erguido y establecía una rígida separación entre ambos. Pero Helen no tenía mucha experiencia en asuntos como aquel que estábamos tratando.

No tenía muchas ganas de hablar, pero hablé.

—He estudiado discretamente a los Curtis. Ya sabes que las esquizofrenias pueden ser hereditarias. Averigüé que hubo cinco perturbados en las últimas dos generaciones y hasta ocho más en las precedentes. Sistemáticamente, los Curtis han conseguido proteger a sus parientes locos y silenciar cuántos escándalos provocaban éstos, irresponsablemente.

Helen tragó saliva. Su gesto decía claramente que ella no había imaginado la envergadura del problema.

—Pero jamás, la conducta de los personajes «normales» de esta familia, se inclinó por la solución más razonable: ingresar a sus parientes «locos» en un centro adecuado y someterlos sin prisas a un tratamiento suficientemente largo e inteligente para obtener resultados satisfactorios. No. Ellos jamás se enfrentaron a la realidad. Pretendían tapar el escándalo. Ingresaban a uno de sus familiares, cuando éste cometía una acción violenta delictiva en público... Pero se apresuraban a pedir el alta de aquel familiar enseguida, quizá para evitar que el pobre loco confesara crímenes espeluznantes, que arrojarían una mancha indeleble sobre el clan de los Curtis, tan puritanos y observadores, exteriormente, de las reglas sociales. Crímenes que ellos habían preferido acallar con puñados de dinero antes que confesar que uno de los Curtis era un loco, un esquizofrénico paranoide, como Paul...

—No puedo creer que... —murmuró Helen.

—Puedes creer todo lo que yo te diga —pronuncié, inflexible—. Los Curtis creen que su dinero lo puede todo... A cambio de ocultar a todos que tienen un hijo loco, son capaces de gastar centenares de miles de dólares en sobornos. Han sobornado a directores de clínicas psiquiátricas, a policías, a empleados judiciales y a otras muchas personas.

—Me hablaste algo de eso, pero no podía imaginar que Bob Courtman...

—Eso es lo de menos. Lo más importante es, precisamente, ahora, Paul Curtis. Necesita un tratamiento especializado, permanente, tenaz... Pero Jonathan Curtis no está de acuerdo. Prefiere que su nieto salga del Sanatorio Psiquiátrico.

—Pero ¿adónde irá?

—A ningún sitio —respondí rabioso—. O, mejor dicho, a Green Cottage. Es una finca de los Curtis a unos cien kilómetros de esta

ciudad. Allí lo encerrarán, lo martirizarán...

Helen dejó escapar un grito.

—¿Martirizarle? —exclamó, asustada—. ¿Sus propios familiares? Jack, no puedo creerlo, los Curtis son gente escogida, la élite de:...

Cogí un cigarrillo del paquete que tenía en la mesita de noche y lo encendí con una cerilla. Fumé ansiosamente. Y pensé, entretanto, si valdría la pena explicarle a mi esposa todo lo que había averiguado en las dos últimas semanas acerca del clan Curtis.

Claro que Helen era mi esposa, la mujer a la que yo me había entregado, la compañera más fiel y admirable, aunque... demasiado ingenua.

—Son gente selecta, sí. Gastan doce millones de dólares anuales en servicios, alimentos y vestidos. En esos doce millones están incluidos los salarios de los gorilas que se ocupan de dar latigazos a Paul hasta que el pobre muchacho se arrastra como una lombriz, pidiéndoles perdón y comiendo en sus manos —la furia brotaba a través de mis palabras—. He comprado dos fotos a precio de oro —busqué bajo la mesilla mi maletín profesional, hurgué en una carpeta de plástico y saqué las cartulinas, que mostré a mi esposa.

Helen las tomó ávidamente. Y las miró.

Yo seguí, segundo a segundo, la alteración de sus facciones. Aquella crispación que significaba miedo, estupor, indignación, asombro, compasión, furia justiciera... Todo ello lo había sentido yo en mis propias carnes.

Las fotos que Helen tenía en sus manos presentaban a Paul Curtis atado de pies y manos con unas largas cadenas cuando, caminando a cuatro patas, llevaba entre los dientes una revista. Un gran perro dogo de raza contemplaba la escena con una expresión de asombro y piedad más humana que los dos «cuidadores» de Paul, dos hombretones musculosos, hercúleos, que presenciaban los torpes movimientos de Paul pero a unos metros de distancia. Uno de ellos empuñaba un rebenque y el otro un látigo manchado de sangre.

Aquellas fotografías habían sido tomadas en Green Cottage, furtivamente, por un servidor de los Curtis que tenía el estómago demasiado débil para soportar las escenas que, en el sótano de la fastuosa finca, tenían como protagonista a aquel pobre loco llamado Paul Curtis.

Lentamente, Helen me devolvió las fotografías.

—Si es como tú dices, no tienen perdón —murmuró.

—Tú lo has dicho: no tienen perdón —respondí tremante—. La locura no tiene que ser necesariamente un baldón. Dios nos trae al mundo listos, torpes, estúpidos, sabios o locos. En los Curtis está la semilla hereditaria de la esquizofrenia. Muchas familias tienen que aceptar realidades tan crudas como la subnormalidad o la locura en sus individuos. No es nada agradable, pero se consigue superarlo a base de voluntad y humanidad, de afecto y misericordia. Pero esto nunca fue así en el clan de los Curtis. Ellos entendieron la locura como una mancha vergonzosa.

—No sé cómo decirte, Jack que estaba equivocada. Ahora...

Mi pecho se llenó de aire. Luego suspiré profundamente.

—Lo sé. Has comprendido. Ahora sabes por qué no puedo aceptar esos cien mil dólares —pronuncié sin ganas.

—Tienes razón —admitió Helen, oprimiéndome afectuosamente una mano—. Aceptar ese dinero sería tanto como convertirnos en cómplices de esa gente.

—Celebro que estés de acuerdo conmigo, querida. Mañana mismo iré al banco y arreglaré este asunto —decidí.

No desayuné en la cama como otros domingos. Me sentía demasiado inquieto para permanecer inactiva.

Tras el desayuno, me puse un traje fresco y saqué el coche del garaje.

—Voy a acercarme al Sanatorio. Quiero echar una ojeada a Paul —dije a Helen—. Estaré aquí a la hora del almuerzo.

Mi hijita, a quien su madre acababa de poner un precioso vestidito rosa, me tendió los brazos para que la llevara conmigo.

Vacilé. Nelly estaba acostumbrada a que yo la sacase cada mañana de domingo de paseo. Pero llevarla al Sanatorio...

—¿Por qué no? —respondió Helen—. Podías llevar a Nelly a visitar a Paul. Quizá a ese infeliz le sirva de consuelo la presencia de una criatura inocente.

—¿Crees que será prudente? —dudé aún.

—No sé si será prudente, pero puede ser una obra de misericordia —respondió mi esposa.

A las once de la mañana penetrábamos ambos en la amplia celda de Paul.

Noté que enseguida se sentía atraído por la niña. Parecía relajado y feliz. Hizo algunos comentarios respecto al tiempo bonancible que gozábamos por aquellos días.

En varias ocasiones, advertí en él aquella ansiedad característica que le asaltaba cuando quería convertirme en su confidente. Pero miró a la niña de reojo y calló.

En relación con Nelly, Paul se mostró tímido al principio; hacia el final de nuestra entrevista fue ganando confianza, de modo que incluso charló con ella, se interesó por su educación y aprobó con un movimiento de cabeza cuando le dije que Nelly asistía a la guardería Hackman.

Cuando nos despedíamos, alzó una mano e hizo una tímida caricia a la niña.

Cuando Nelly salió, Paul me dijo en un susurro:

—¿Quería venir esta tarde, doctor? Tenemos que charlar. Es... en relación con mi difunta esposa.

CAPÍTULO XI

Helen se mostró comprensiva cuando le dije que tendríamos que sacrificar la tarde del domingo para visitar nuevamente a Paul Curtis en el Sanatorio Psiquiátrico.

La verdad era que su última frase me había dejado como sobre ascuas.

«Tenemos que charlar acerca de mi difunta esposa», había dicho.

¿Era posible? Hasta aquel momento, después de llevar conociendo tres meses a Paul Curtis, no había reparado en los datos personales de aquel interno: *Paul Curtis, veintiséis años, viudo...*

¿Cuándo se había casado? ¿Con quién?

Salí de casa a las cuatro y media, camino del Sanatorio Psiquiátrico.

El verano se había anticipado y el termómetro del panel de mi automóvil marcaba treinta y dos grados. Aunque había tomado un café negro y espeso —como a mí me gustaba—, me invadía la somnolencia, de modo que me esforcé en conducir despacio y mantenerme despierto.

Sin embargo, no podía recluir mis pensamientos en un rincón de mi cerebro.

Me sentía inquieto, ansioso por saber...

Por ejemplo: ¿Había asesinado a su esposa Paul Curtis?

Este pensamiento, con toda su crudeza, tenía su razón de ser, pues aunque Paul me había hablado a veces de su infancia y su adolescencia, y algunas de sus amistades y sus aficiones, casi todas sus confidencias habían versado sobre sus *crímenes*.

De modo que si a los veintiséis años era viudo, la sospecha se concretaba cada vez más firmemente en mi cerebro... ¿Por qué no imaginar que Paul había matado también a su esposa?

A las cinco dejaba mi coche en el espacio del aparcamiento reservado para mí, y ascendía lentamente la escalinata que llevaba

al vestíbulo del Sanatorio Psiquiátrico de la Fundación Aldeman.

En las salas de espera, aguardaban unas pocas personas. Pueblerinos, familias de los pueblos cercanos que tenían a algún familiar internado en nuestro centro.

Saludé al interno de guardia y me reuní en la planta segunda con los enfermeros diplomados.

Estaban tomando café y escuchando la radio, pues eran muy aficionados a las carreras de caballos. Estaban cruzándose apuestas privadas, de poca monta, entre ellos.

Oí apenas su saludo. Y dije a Wogan:

—¿Quiere venir conmigo, Ted? Me propongo charlar un rato con Paul Curtis.

Fue entonces cuando noté algo raro.

Wogan se había incorporado.

—El señor Curtis no está aquí ya, doctor McDowell. Le han dado el alta —dijo.

—¿¿¿Cómo?!!

—Le han dado el alta —repitió—. Dave y yo le acompañamos hasta el coche. Fue poco después de que usted se marchase este mediodía. Hacia las dos.

—Pero... ¡no es posible! —clamé—. ¡Paul no estaba en condiciones de...!

—Ya lo sé, doctor McDowell. Todos pensamos lo mismo. Pero a la una y media llegó el señor Jonathan Curtis y su hijo. Poco después llegó el director, doctor Stevens. Fue el doctor Stevens quien firmó el alta. El médico de guardia nos entregó el documento. Nos sorprendió, qué quiere que le diga, pero me vi obligado a obedecer. Era el director de este centro quién autorizaba la salida de un enfermo y yo no podía resistirme. Supongo que lo comprenderá —me explicó Wogan.

—Claro —respondí secamente.

Tras murmurar un rápido saludo, abandoné la habitación.

Apenas podía creerlo. ¡Malcolm Stevens, autorizando el alta de un esquizofrénico peligroso como era Paul Curtis...!

Y lo que era aún más raro: Curtis era «mí» enfermo. Había sido encomendado a mis cuidados, y nadie —ni siquiera Stevens— podía autorizar su alta. Sólo yo era el responsable de Paul Curtis. ¡Y ni siquiera me habían consultado...!

Me enfrenté, furioso, al interno de guardia, doctor Owens. El pobre muchacho apenas pudo pronunciar dos sílabas cuando yo comencé a hablar.

No podía decirme muchas cosas, excepto que el director del centro había firmado el alta del enfermo. Paul Curtis había salido del sanatorio a las dos quince. El «Lincoln President» de Jonathan Curtis se lo había llevado. Dios sabe hacia dónde.

Penetré en el despacho de Stevens, aunque sabía que él no estaba allí. Descolgué el teléfono y marqué su número particular. El contestador automático me dijo que la familia Stevens no estaba en la ciudad.

Me daba igual. Yo sabía dónde se encontraba exactamente Malcolm Stevens: en Palisade Plains, un hermoso rancho de trescientas hectáreas conseguido gracias a los «regalos» de Jonathan Curtis y otros potentados.

El número no figuraba en la guía, pero en mi agenda. Lo marqué.

La que atendió el teléfono fue Gladys Stevens, aquella hermosa y mastodóntica rubia que tenía por esposa.

—¡Ah, eres tú, Jack! Lo siento, pero Malcolm salió a pescar —pronunció—. No sé cuándo volverá. Es posible que se quede hasta el lunes, pues...

—¿A pescar a estas horas, con este calor? Vamos. Gladys, yo sé cuánto ama tu marido la siesta. Dile que se levante —respondí, tajante, y añadí—: Si no se pone al aparato antes de tres minutos, tendré que recurrir a los hombres de la oficina federal.

Fue milagroso. Stevens que, según su esposa, se encontraba pescando en Chawalkawa Cannyions —a setenta kilómetros de su finca—, se puso al teléfono dos minutos después. A juzgar por su voz estropajosa, acababa de despertarse en aquel momento.

—¿Qué es lo que ocurre, Jack? Gladys acaba de decirme que...

—¡No seas hipócrita! Conoces muy bien el motivo de mi llamada: Paul Curtis.

—¡Ah, eso! Vamos a ver, Jack: es preciso que lo comprendas de una maldita vez: ni tú ni yo podremos luchar jamás contra colosos como Jonathan Curtis. Llegaron padre e hijo al sanatorio. Me habían telefoneado previamente. Querían llevarse a Paul. Así, taxativamente. Puedes imaginar que me opuse; les recordé que eras

tú quién tenía que decidir. Pero su respuesta no se hizo esperar: Curtis me dijo que había depositado medio millón de dólares en las arcas de la Fundación Aldeman, y que le habían elegido presidente en la última asamblea extraordinaria. Tú sabes. Jack, que ese sanatorio funciona con las subvenciones de la Fundación. Siendo Jonathan Curtis quien la dirige y mangonea, verdaderamente...

—¡No me digas! Apuesto a que ni siquiera te opusiste al capricho del viejo. Te conozco bien, Malcolm. Puedo imaginar perfectamente lo que ocurrió —grité.

—¿Qué estás pensando?

—Dinero. ¡Puerco, sucio, asqueroso dinero! Te han untado bien. Y lo mismo han intentado conmigo. Tú sabes bien lo que va a ser de ese pobre hombre, Paul Curtis. Pero te aguantas —exclamé, excitado—. Pero óyeme bien: te has saltado los principios de la ética médica, de la más elemental deontología. Te acordarás de esto, Malcolm. Te denunciaré.

Oí una risita al otro lado.

—¡El inmaculado Jack McDowell! —se burló Stevens—. ¿A qué viene tanto cinismo? El «viejo» me dijo la verdad. Te ha regalado cien mil dólares. ¿Qué más podías desear? —exclamó, ácidamente.

—Sencillamente, un lugar donde el aire sea limpio y no se camine sobre pura mierda —respondí enfebrecido. Y colgué antes de que Stevens pudiera pronunciar una sola palabra.

Abandoné el Sanatorio.

Mi excitación me impulsó, contra lo acostumbrado, a detenerme en

Colombo's,

donde tomé un par de «Landers» con hielo.

Finalmente, decidí que no valía la pena emborracharme. Pero seguía pensando en Paul Curtis, abandonado a su irascible abuelo y a su padre, carente de voluntad.

Cuando llegué a casa, Helen abrió inmediatamente la puerta.

—Stevens lleva llamando por teléfono toda la tarde. También ha llamado «un señor Curtis». Apenas me han dejado ordenar la cocina, mientras atendía cada dos minutos al teléfono.

En el salón, el teléfono estaba colgado. Cuando cruzaba la estancia dispuesto a servirme otro «Landers», comenzó a zumbar.

Lo descolgué.

Era Stevens.

—¿Qué quieres ahora? —pregunté, malhumorado.

—Sólo quiero advertirte —su voz temblaba—. Si pronuncias una sola palabra contra los Curtis, te hundirán irremisiblemente.

—¿Cómo?

—Te despedirán del Sanatorio, te vetarán en todos los centros hospitalarios del país, te harán la vida imposible, no encontrarás un solo lugar donde poder trabajar. ¿Sabes lo que significa eso? Tendrás que marcharte —exclamó.

—¿Y qué? —respondí—. No sería la primera vez. Pero no creo que el «viejo» se atreva a tanto.

—¡Tú no le conoces! —respondió—. Cuando Jonathan Curtis toma una decisión, la lleva hasta el final, con todas sus consecuencias. No reparará en gastos ni en medios. Tiene todo el dinero que le hace falta.

—Veamos —reflexioné—. ¿Te ha pedido él que me convenzas para que calle?

—¡De ningún modo! Soy un médico, un profesional consciente —protestó—. Sólo trato de protegerte.

Me dio asco.

Pura y simplemente: asco.

—Lo dudo. No pretendes hacerme un favor, Malcolm, sino protegerte a ti mismo. ¡Confíésalo!

Oí su jadeo a través del hilo telefónico.

—Bueno, no voy a negar que el Sanatorio Psiquiátrico de la Fundación Aldeman se vería rodeado de un escándalo, si tú...

—Ahora dices la verdad. Temes por tu puesto de director. No eres un médico vocacional, sino un simple tripero. Te has valido de tu posición y de tu cargo para medrar.

—¡Jack, no puedes insultarme! ¡No permitiré...!

—¿Qué vas a hacer? Tú no sirves para otra cosa que para decir a Curtis: «Sí, *bwana*», y para poco más. Curtis te ha encomendado que me convenzas para que me porte sensatamente. Si no lo consigues, probablemente retirará su fondo de la Fundación, o presionará a los consejeros para que te despidan de tu cargo de director del Sanatorio. Di la verdad, estás aterrado.

Sucedió un largo silencio.

—Sí —confesó al cabo—. Tengo miedo, no me importa decirlo.

He conseguido situarme. No pienso echar por la borda tantos años de sacrificios, de trabajos y de...

—... chanchullos —terminé, cruelmente—. Hasta ahora, he hecho la vista gorda. Tú tratabas de mantenerme sujeto con la promesa de nombrarme jefe de la sección de sicoterapia. Me hablabas constantemente de los proyectos de la Fundación: ampliación del centro, construcción de una nueva y modernísima sección de sicoterapia avanzada. Pero ¿qué era todo aquello? He averiguado que la Fundación no tiene ni un céntimo. No eran más que promesas para mantenerme callado.

—Jack, me asustas. Hay conveniencias que nos aconsejan no hablar de ciertas cosas...

—¿Por qué? —clamé impaciente—. ¿Porque Jonathan Curtis esté detrás de todo este asqueroso tinglado?

—Hablas como un loco, Jack. Podrías tener un porvenir risueño, magnífico... Quizá, en pocos años, conseguirías el sueño del que tanto me has hablado: una clínica privada para enfermos mentales. Pero si sigues así dudo mucho que consigas otra cosa que...

—¿Dos balazos en la espalda? —chillé, excitado.

—¡Qué cosas se te ocurren, Jack! Los Curtis son gente civilizada, que no suelen recurrir a métodos de gangsters. Cierto que son muy ricos. Pero comprende que tienen un grave problema: Paul. ¿Por qué no podemos ayudarles?

Permanecí en silencio durante unos instantes. Y al cabo, respondí:

—A mí sólo me interesa ayudar a un Curtis: Paul. Del resto puedes encargarte tú.

Y corté la comunicación.

CAPÍTULO XII

A las nueve y media de la mañana del lunes acudí a la oficina principal del Atlantic Bank.

No conseguí averiguar quién había depositado en mi cuenta cien mil dólares. Los Curtis sabían imponer adecuadamente la «ley del silencio».

Pero no abandoné el banco hasta que les convencí de que aquel dinero no debía seguir figurando en mi cuenta. Subsano el «error», abandoné la oficina.

Fue como una señal.

A las once de la mañana, uno de mis enfermos mentales, Tont Dorsey, apareció colgado del cuello en su celda.

Stevens y otros médicos, que habían comparecido a la sala de doctores, opinaron fríamente que la medicación que yo había recetado a Dorsey era inadecuada.

Según ellos, a mi enfermo le había producido un estado de hiperexcitabilidad que le llevó al suicidio.

Cuando salí del Sanatorio a las dos del mediodía, unos familiares de Dorsey me asaltaron e intentaron licitarme. No lo consiguieron porque algunos enfermeros acudieron en mi auxilio y me metieron en un coche que me llevó a casa.

Esa misma tarde ocurrieron otras cosas.

Me llamó por teléfono el administrador del Sanatorio, Douglas Parks.

—Siento tener que comunicarle esta noticia, doctor McDowell, pero la Fundación ha cancelado su contrato. Estando por medio el asunto Dorsey, y tal como se encuentra de excitada la opinión pública, los consejeros han decidido despedirle. No es necesario que venga al Sanatorio para recoger la liquidación. Le haré un abono a través del banco.

Me debían alrededor de cuatro mil dólares, pero mi banco me

anunció que era el abono solamente de mil ochocientos dólares. ¡Hasta aquel extremo llegaban!

Mi rostro aparecía en las primeras páginas de las ediciones vespertinas de los diarios locales. También la radio habló de mí.

«Jack McDowell, psiquiatra en el Sanatorio Psiquiátrico de la Fundación Aldeman, responsable del suicidio de uno de los enfermos a su cargo...»

A lo largo de los días siguientes, recibí numerosas llamadas telefónicas. El decano del colegio de médicos quería oírme, saber la verdad... Probablemente me expulsarían del Colegio.

Una turba compuesta por varias docenas de desharrapados, acudieron frente a nuestra casa y empezaron a gritar:

—¡Doctor McDowell, asesino! ¡Fuera de esta ciudad! ¡No queremos médicos asesinos! —chillaban.

Helen enfermó. Mi hijita, Nelly, sollozaba asustada.

Al cabo, aquellos alborotadores a sueldo se marcharon. Me sentía acosado por todas partes.

Una vez tuve la tentación de recurrir a Bob Courtman, pero finalmente decidí no hacerlo.

¿Para qué? ¿Para que fuese con el cuento a Jonathan Curtis?

Tenía que hacerme cargo de la situación. Lo mejor sería hacer las maletas y marchar lejos de nuestra ciudad, buscar otro lugar donde trabajar y vivir tranquilos.

Antes de que cortasen nuestro teléfono, las continuas llamadas supusieron un verdadero calvario. Jamás nos llamó uno solo de los centenares de amigos que teníamos en aquella ciudad, o que por lo menos pensábamos que teníamos.

Sólo se comunicaban con nosotros gamberros que vertían en nuestros oídos horribles insultos intranscribibles.

Al cuarto día, nos cortaron la luz. Salí a la calle y telefoneé a la empresa de electricidad. Quería saber por qué nos habían retirado el servicio.

Pero nadie me dio una respuesta justa. Me recomendaban que llamase al ingeniero jefe del distrito sur, o también a la sección de reclamaciones, o también a...

Cuando llegaba la noche, teníamos que alumbrarnos con linternas o con sencillas velas.

La situación llegó a hacerse inaguantable.

Tampoco recogían nuestro cubo de basura, ni nos atendía el repartidor de la leche.

El gerente del supermercado que solía servirnos los artículos de alimentación me dijo que estaban agobiados y que era imposible de todo punto servirnos nada a domicilio.

Luego cortaron el teléfono.

Era una especie de lucha a muerte, el acoso total.

Nelly no iba a la guardería Hackman, mi esposa se pasaba las horas en su habitación y yo salía a hacer las compras al oscurecer.

Era evidente que se habían propuesto aterrorizarnos. Y lo que era peor, lo estaban consiguiendo.

Sin luz, sin teléfono, sin alimentos... Quizá un día cualquiera nos cortarían el agua.

Mi coche salió ardiendo una noche. Habían arrojado sobre el capot un cóctel molotov y las llamas prendieron rápidamente en el vehículo.

Por fortuna, salí corriendo y me dio tiempo a entrar en él y a retirar la documentación y la póliza del seguro.

Pero los dos mil dólares que me iba a pagar la aseguradora se esfumarían como el humo de un cigarrillo, pues el depósito del coche estalló y derramó gasolina ardiente en todas direcciones. Nuestra valía ardió por completo y también el invernadero de los Holdman, nuestros vecinos. Y, naturalmente, tuvimos que resarcirles por el siniestro.

Llegó el mes de junio.

Estaba al borde de la desesperación, cuando se produjeron novedades. Un empleado de teléfonos vino a conectar nuestra línea telefónica. Esa misma tarde, las luces se encendieron y todos los electrodomésticos se pusieron a funcionar al unísono. ¡Nos habían enganchado, también, la fuerza eléctrica!

La misma noche, el camión de la basura se decidió a cargar la pequeña pila de bolsas que habíamos amontonado en la acera.

Respiramos un poco. Parecía que las aguas volvían a su cauce.

Pero ¿por qué?, me pregunté.

La respuesta era clara.

Curtis había comprobado que yo no había depositado ninguna denuncia. En consecuencia, nos dejaban respirar.

La situación era injusta, inhumana, a pesar de todo.

Durante largas noches, reflexioné sobre aquel caso en mi despacho.

«Quizá no valga la pena desafiar al clan de los Curtis. Tal vez sea más sensato olvidarse de todo y tratar de sobrevivir», pensé.

Sin embargo, me rebelaba contra la simple idea de callar lo que tenía que decir.

¿Transigir cobardemente ante la presión de personas tan indignas como Jonathan Curtis?

Helen me aconsejaba con la mayor prudencia.

—Déjalo correr. Algún día encontrarán su merecido.

Me habían desprestigiado, arruinado, hundido, convertido en un remedo del hombre que siempre quise ser.

Sin embargo, no podía pensar sólo en mí sino también en Helen y en Nelly. Mi esposa y mi hija eran lo máspreciado para mí.

Al día siguiente, mantuve varias conferencias de larga distancia con clínicas psiquiátricas privadas y otros centros hospitalarios dedicados al cuidado de enfermos mentales.

Perseguía, ¡cómo no!, encontrar un nuevo trabajo.

Se trataba del Estado limítrofe, pues imaginaba que en el mío los Curtis me harían el boicot ferozmente.

En todos los casos recibí la misma respuesta:

—Lo sentimos mucho, doctor McDowell, pero nuestro cuadro médico está cubierto. Quizá más adelante...

Era más que sospechoso. Algunas clínicas, como la Morrison, habían insistido mucho, meses atrás, en contar conmigo. Y ahora...

Al anoecer, tras una jornada entera al pie del teléfono, me dejé caer exhausto sobre el sillón de mi despacho.

Helen me trajo una botella de cerveza y un bocadillo, que mastiqué sin ganas cuando ella se marchó para acostar a Nelly.

Fue entonces cuando repiqueteó el teléfono.

Dejé el bocadillo, me limpié los labios con una servilleta y tomé el auricular.

—Buenas noches, doctor McDowell.

Estuve a punto de atragantarme con el bocado que tenía en la boca.

¡Aquella voz...!

—¡Paul! —exclamé atónito—. ¿Es usted?

Era Paul Curtis.

Su voz era tranquila, perfectamente modulada.

—Tenía necesidad de hablar con usted, doctor. Después de todo lo que... Pero eso no importa. ¡Han pasado tantos días! Sinceramente, doctor McDowell, le he echado mucho de menos. Es usted la única persona en el mundo capaz de comprenderme. Cuando hablo con usted, me siento un hombre distinto. Yo diría que incluso feliz —dijo.

La sorpresa me impidió hablar durante unos segundos.

—He estado pensando mucho en usted, doctor. Y en la encantadora Nelly. Debía...

—¿Dónde se encuentra, Paul? —indagué.

Una pausa.

—No lo sé. No conozco este lugar... —vaciló—. Es un pequeño pueblo, pero no sé...

—¿Se ha escapado?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me han hecho sufrir horriblemente. Tengo la espalda en carne viva. Me obligaban a dormir sobre mis propios excrementos y se burlaban de mí cuando hacía cualquier comentario. ¡Ha sido muy duro, oh, sí, doctor, muy duro, por eso me escapé! Tengo... tengo algún dinero, alrededor de cuatro mil dólares. Alquilé un automóvil en Horborn Pass y seguí adelanté. Quería llegar a la ciudad, hablar con usted, volver al sanatorio. Pero ellos me están buscando y... ¡tengo miedo! No hago otra cosa que pensar en usted, y en la pequeña Nelly. ¡Me gustaría tanto estar con ustedes! Si ellos me encuentran... Bueno, no sé, pero Burk disparó su carabina sobre mí, cuando huía entre los sauces... Imagino que al abuelo no le importaría que sus esbirros me mataran, con tal de que lo hicieran de forma discreta.

Me estremecí, oyéndole.

Indudablemente, Paul era consciente de su situación, pues a pesar de todo, del miedo, de la angustia de sentirse acosado, parecía lúcido e inteligente.

Tragué saliva.

Debía hacer algo para ayudar a aquel pobre enfermo. Debía hacer algo urgentemente.

Yo conocía muy bien la situación: como Paul acababa de decir,

él no significaba para su familia otra cosa que un engorro. Los Curtis, gente sin conciencia, se sentirían muy tranquilos en el momento en que muriera aquel pobre loco, que sólo les traía quebraderos de cabeza.

Pero yo era un médico, un siquiatra, y por encima de todo, un ser humano. No iba a permitir que Paul Curtis fuera abatido como una fiera.

—Escúcheme, Paul —rogué. Y puse todo mi poder de convicción en mis palabras—. Tiene que escucharme atentamente y seguir mis instrucciones. Es preciso que yo sepa el nombre del pueblo en donde se encuentra. No se deje ver, pregunte, indague... y en cuanto lo sepa, vuelva a llamarme. Yo iré a recogerle.

—¿De veras, doctor? ¿Y podré ver a Nelly? —clamó con infantil ansiedad.

—Desde luego, no tiene nada que temer. Si yo logro encontrarle, no le abandonaré, Paul. Me ocuparé de usted. Pero tiene que hacer lo que le digo —insistí.

Un silencio.

—No sé... Estoy en la cabina telefónica de una gasolinera. Acaba de llegar un coche. ¡Un «Cadillac»! ¡Es el de *ellos*! —Su voz vibraba.

—Quédese ahí, quieto. Vuélvase de espaldas y siga hablando. Quizá no le vean y sigan adelante —recomendé, inquieto.

Podía escuchar el jadeo de la respiración entrecortada.

—Sí, son ellos... Están mirando. Ahora, ahora tengo que decírselo, doctor...

—¿Qué?

—Yo maté a Sally.

—¿Sally?

—Sally Huntington, la hija del fiscal-jefe del Estado —dijo—. Era una muchacha preciosa. Rubia, guapa, maravillosamente formada. Me enamoré perdidamente de ella cuando terminé mi carrera de Derecho. Ella se burlaba de mi timidez y de mi indecisión. Me provocaba, me enardecía... Ya sabe que los Huntington no tienen dinero, pero William Huntington es un personaje importante, en este Estado. Mis padres no se opusieron.

Hablaba con prisa, como si tuviera que decirlo todo de una vez. Acaso necesitaba vaciar su alma antes de que...

—A mi padre le importaba poco lo que yo pudiera hacer, pero a

mi abuelo le pareció bien. Comprenda el interés de relacionarse con el hombre que ostentaba una parcela del poder jurídico en este Estado...

Hablaba ya a borbotones, sin hacer una sola pregunta.

—Fue una boda fastuosa, que congregó a miles de personas en la mansión Curtis —continuó—. Todos estaban allí estrechando la mano de mi abuelo, que naturalmente, era el mayor protagonista.

Según Paul, se había dado una fiesta espléndida en los jardines de la residencia Curtis. Una fiesta que comenzó al mediodía y que había de durar hasta el amanecer del día siguiente.

—Yo bebí demasiado, aunque no suelo hacerlo frecuentemente. Me ponían una copa delante. Y otra más cuando acababa de beber. La que parecía tener más interés en hacerme beber era precisamente Sally, mi esposa...

Pero Paul había notado el interés de Sally por escabullirse del bullicio que reinaba en el parque.

—Duke McTatum, el dueño del «Emporium Palace», la había besado no menos de tres veces. Y Sally se había plegado procazmente a sus caricias. Ya sabe que en una boda eso es casi normal: todos quieren besar a la novia...

Completamente mareado por las copas de champán que había bebido sin ganas, Paul se apartó del *buffet* y se alejó a la piscina.

Se había desnudado en la caseta del jardinero. Con un simple *slip* se arrojó a la piscina y nadó un rato.

El agua fría le despejó eficazmente.

Salí del agua, me vestí... Volví a la fiesta cuando advertí que ni Sally ni Duke McTatum estaban allí —relató Paul sin perder sílaba—. Entonces volví sobre mis pasos y por la escalera de servicio, ascendí hasta mis habitaciones, donde habríamos de pasar aquella primera noche de bodas...

En aquel momento, Paul Curtis no sospechaba una posible infidelidad de su esposa, aunque conocía la fama de McTatum como «castigador» de las ricas herederas de la ciudad.

McTatum era un hombre atractivo, ciertamente. Alto y delgado, sabía vestir con gran elegancia. Había viajado mucho y conocía varios idiomas. Entendía tanto de cócteles, como de negocios o de aventuras galantes de todas clases.

El ala reservada a los novios en la residencia Curtis, estaba

silenciosa. No había servidores, ni invitados.

Era un área restringida, celosamente reservada al hombre y a la mujer que acababan de casarse.

Pero cuando Paul avanzó por la galería cubierta, escuchó una risa.

—Era Sally quién reía —relató Curtis—. Su risa era cantarina, gozosa, como si estuviera pasando el más placentero instante de toda su existencia.

Y probablemente era así.

La puerta estaba cerrada por dentro. Pero Paul conocía perfectamente la casa. Le bastó rodear la galería y empujar la puerta de servicio posterior. A través del *office* llegó hasta la alcoba.

Y contempló una increíble escena.

Duke McTatum, desnudo, sobre el lecho conyugal, recibía las libidinosas e íntimas caricias de la novia, igualmente desnuda.

—Créame, doctor: me sentí morir en aquel momento. Lo más justo hubiera sido retroceder hasta el cuarto armero, tomar una escopeta de perdigones y descerrajarles dos tiros. Pero hubiera sido un trabajo demasiado sucio para un hombre como yo...

—¿Qué hizo entonces? —me atreví a pronunciar.

—Me alejé de allí silencioso. Y me reintegré al festejo. Algún tiempo después, bajaron Duke y Sally. La novia vino a besarme, riendo sin parar, pero yo esquivé sus labios. Junto a mí, los dos reían a carcajadas, me golpeaban la espalda, se burlaban... «¡Pobre idiota, ni siquiera se ha enterado!», debieron pensar. Pero yo lo soporté todo. Sonreía, atendía a mis invitados, probaba un sorbo de champán... pero la traición de Sally me escocía como la sal y el vinagre en una herida a carne viva. ¡La muy puerca! Ni siquiera había sabido esperar algún tiempo para entregarse a McTatum...

Comprendí el sufrimiento de aquel pobre hombre.

Que la esposa le ponga a uno los cuernos el mismo día de la boda, era verdaderamente demasiado.

—Fuimos a Europa. Por supuesto, ni siquiera toqué a Sally. Ella comenzó a desconfiar, pero yo sonreía y la halagaba, gastaba el dinero a manos llenas en hacerle costosos regalos —añadió Paul.

Y al regreso, Paul llevó a su esposa a visitar las obras del Rainbow Building. Paul había anunciado a sus parientes que no

quería vivir en la residencia Curtis. Como el edificio Rainbow estaría construido en dos meses, su abuelo reservó toda una planta para su nieto.

—Fue al atardecer. Bajamos del coche y la llevé al muro de hormigón. Desde allí se veía el profundo foso donde vertían hormigón las enormes hormigoneras. «Será un magnífico edificio», exclamó ella. Y añadió: «me gustaría vivir aquí para siempre». No sabía que sus palabras se convertirían en realidad. La golpeé con un hierro en la cabeza y Sally cayó al foso. Esperé a que se hiciera de noche, cargué una hormigonera, la llevé al foso donde estaba Sally y vacié quince toneladas de hormigón...

Paul se interrumpió al oír mi jadeo.

—¿Qué le ocurre, doctor? —preguntó inquieto.

—Nada. Pero es horrible, Paul.

—¿Por qué? Lo único que lamento es que la empresa constructora quebró y el edificio Rainbow no terminó de construirse. A mí tanto me daba ya. Sally tenía el lugar que merecía...

Calló bruscamente. El teléfono produjo un ruido anormal, aunque la comunicación no se interrumpió.

—¿Paul? —pregunté, inquieto.

—¡No puedo seguir hablando, doctor! *Ellos* están preguntando al mozo de la gasolinera. Vendrán hasta aquí, me... Volveré a llamarle, si logro escapar. ¡No sabe cuánto me gustaría tenerle aquí! Si puede venir a por mí, no se olvide de traer a Nelly. ¡Es tan encantadora! —exclamó.

Y oí el *clic* que anunciaba que acababa de colgar el teléfono al otro lado de la línea.

CAPÍTULO XIII

—¿Está contigo la niña? —preguntó Helen impulsivamente.

—¿Nelly? No. ¿No estaba jugando en el jardín? Hace poco más de media hora, la vi.

Helen no me dejó hablar.

—Jack, acabo de recorrer todas las casas de la vecindad. Nelly no aparece por ninguna parte. Hace unos treinta minutos oí un frenazo brusco en la calle... ¡Dios mío, si la hubieran raptado!

Me quedé frío, helado.

Pero al fin reaccioné.

—Cálmate. Probablemente, aparecerá de un momento a otro. Ya sabes cómo son los niños. ¡Tan traviesos! Es posible que se haya ido a dar una vuelta alrededor de los hotelitos de esta manzana. Estará... Volverá...

Callé súbitamente.

Tenía ganas de sollozar, pero me contuve para no inquietar a Helen.

—No debiste ponerte en comunicación con el fiscal Huntington —recriminó Helen con dureza—. Sabías que nadie puede jugar con los Curtis, que son intocables. Sin embargo tú...

Era injusta conmigo, pero su inquietud la obligaba a hablar para no tener que callar y pensar.

Recorrí la casa de arriba abajo.

Nada.

Luego descolgué el teléfono y marqué el número de la policía.

Cuando se produjo la comunicación, expliqué a un sargento llamado

O'Neill

que mi hija Nelly, de apenas siete años, había desaparecido de nuestro jardín, en el número treinta y cinco de Tahuampax Road.

No había hecho más que colgar, después de darle a

O'Neill

las señas físicas de mi hija, cuando repiqueteó el teléfono.

Lo alcé de un nervioso manotazo, me llevé el auricular al oído y escuché una vocecita atiplada:

—¡Papá, papá!

Era Nelly.

La voz se cortó inmediatamente.

Luego, alguien pronunció lenta y correctamente diciendo:

—Llame al fiscal-jefe y explíquele que su denuncia no es más que el producto de una mala digestión. Si lo hace, si logra convencer al fiscal Huntington, es posible que vuelva a ver a su hija con vida.

—¡¡Espere!! —chillé—. ¡Tiene que decirme!

Pero la comunicación se había cortado.

Me volví hacia Helen que había asistido a la escena muerta de dolor.

Tan pálida, temblorosos los labios, demacrada, ansiosa... Al verla así me sentí movido a compasión.

Pero yo no podía gastar mi tiempo en palabras.

Era preciso hacer algo, cuanto antes. ¡Lo que fuese!

—No te muevas de aquí. Todo va bien, yo lo arreglaré —pronuncié apresuradamente—. No abras a nadie que no se identifique previamente y permanece atenta al teléfono. Te llamaré en cuanto pueda.

Me siguió hasta el porche, con el alma en vilo y haciendo un esfuerzo inaudito por contener las lágrimas.

—¡Ten cuidado! —imploró—. Y tráeme a Nelly.

¿Qué podía prometer yo?

Subí al coche, arranqué el motor y me alejé.

Cuando me di cuenta, conducía a gran velocidad hacia Wendon Wells.

No era muy consciente de mis actos. Sencillamente, me dejaba llevar por el instinto.

Tenía en cuenta algunos hechos. Por ejemplo, Paul Curtis no había vuelto a llamarme desde la noche anterior.

—Lo que quiere decir que los esbirros de su abuelo le dieron alcance. Y puestas las cosas así, es prudente imaginar que le devolvieron a Oreen Cottage.

Green Cottage, una fabulosa finca de recreo —casi mil hectáreas — a cien kilómetros de la ciudad, dirección sur, a orillas del río Morgan.

—Un lugar alejado, discreto. Es posible que hayan llevado a Nelly allí. O tal vez todavía están en el camino, pues no han tenido tiempo suficiente para cubrir esa distancia. Debieron detenerse en el camino, llevaron a la niña hasta una cabina telefónica y le permitieron pronunciar dos palabras. ¿Por qué no? Quizá Helen tuviese razón. Había sido temerario mantener aquella larga conversación con el fiscal-jefe Huntington, el padre de la difunta Sally, esposa de Paul Curtis.

Huntington tenía excelentes relaciones con los Curtis. Pero no tan estrechas como para pasar por alto que Paul hubiera asesinado a su hija, cuyo cadáver había sido sepultado en los cimientos del Rainbow Building bajo algunas toneladas de hormigón.

Conducía con las mandíbulas apretadas y la vista fija en la carretera.

Por fortuna, la circulación era escasa a aquellas horas de la noche, de modo que apenas adelanté a media docena de camiones y algunos turismos.

Setenta minutos más tarde, vi el cartel indicador: «GREEN COTTAGE, *propiedad privada*, 3 KM».

Tomé el camino, una verdadera autovía, perfectamente pavimentada, que discurría en medio de un espeso bosque de pinos.

Al final de la autovía, una enorme cancela con el nombre «CURTIS» en hierro forjado.

Alguien salió de una especie de garita, situada a la izquierda. Me estaba haciendo señales con una linterna, pero en lugar de aflojar la marcha, apreté el acelerador a tope.

La cancela era de hierro macizo, de modo que cuando mi viejo «Buick» golpeó contra ella, el coche se estremeció.

Pero las dos hojas de la cancela saltaron brutalmente, aunque el capot de mi coche se alzó, completamente arrugado, impidiéndome la respiración.

Frené y el capot volvió a encajarse, de modo que seguí adelante por el liso camino alquitranado.

Un par de kilómetros. Dilatadas praderas de verde césped, bosquillos espaciados, pequeñas construcciones... y luego, aquel

palacio sobre una colina.

Todas las ventanas dejaban escapar raudales de luz.

Bajo el porche había varios hombres. Dos de ellos empuñaban rifles con visor telescópico.

Frené bruscamente y los neumáticos alzaron una polvareda roja.

Al saltar al suelo, vi a aquel alto y elegante anciano de cabellos grises.

—¿Dónde... dónde está mi hija? —grité fuera de mí.

Jonathan Curtis sonrió fríamente. Parecía sentirse tan seguro rodeado de aquellos esbirros armados, que ni siquiera se dejó impresionar por mi airada actitud.

—Búsquela allá arriba. Paul se la ha llevado —respondió.

Allí arriba.

Mis ojos febriles se dirigieron a la colina sobre la que se veía aquella cuadrada construcción.

Parecía un transformador eléctrico. Mejor dicho, lo era, a juzgar por la línea de alta tensión que venía a morir sobre sus muros.

Mi cuerpo sudoroso se enfrió.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué Paul robó a mi hija? —bramé—. ¡No creo una palabra, él sería incapaz de hacer tal cosa!

—Claro que Paul no trajo aquí a la pequeña Nelly, doctor McDowell. Fui yo quien lo ordenó —confesó con toda desfachatez—. Verdaderamente, no pensaba hacerle el menor daño a esa pequeña. Sólo doblegarle a usted. Pero no sea iluso: nunca logrará probar que cometí un secuestro.

—¿Y Paul? ¿Por qué se recluyó allá arriba? —pregunté nervioso.

—Logró escapar del sótano y se hizo con un rifle y abundante munición. Tomó a su hija y llegó hasta el transformador. Paul tiene muy buena puntería. Ha conseguido herir a dos de mis hombres. En cuanto a usted, ándese con cuidado. No hay mucha luz allá arriba. Si quiere rescatar a su hija, vaya por ella, trate de convencer a Paul. Tal vez lo consiga, tal vez no...

No lo dudé ni un segundo.

Maldiciendo con toda mi alma a aquel viejo insensible, me dirigí lentamente a la colina del transformador.

Una detonación estalló en lo alto. La bala se clavó entre mis dos piernas, pero no me detuve.

—¡No dispare, Paul! ¡Soy yo, el doctor McDowell! —grité.

Pero sabía que una bala podía atravesar mi cabeza en cualquier momento: el disparo de Paul solamente significaba una advertencia.

Seguí ascendiendo.

Estaba junto a la corta escalera que llevaba hasta el transformador.

Cuando puse el pie en el primer peldaño, la puerta se abrió de golpe.

—Adelante, doctor —oí pronunciar a Paul.

Entré en aquel habitáculo donde la fuerza eléctrica vibraba sordamente.

Al fondo había un sillón de hierro, oxidado. Nelly, dormía sobre la chaqueta extendida en el suelo de hormigón.

—Llévesela, doctor. —Paul sonreía tristemente—. La traje aquí porque no me fiaba de *ellos*. Pero será mejor que la coja y se vaya cuanto antes.

—¿No viene conmigo? —pregunté, tenso.

—No. He decidido escribir el epílogo —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Usted es el único que ha sabido comprenderme. Por eso voy a explicárselo: el criminal NUMERO UNO está fatigado. Ha llegado el momento de descansar. ¿Ve ese sillón? Es el colofón. Una silla eléctrica rudimentaria. Mire aquel cable: es el neutro de una conducción eléctrica de ciento veinte mil voltios. Pero hay otra conexión debajo. En cuanto me deje caer sobre el asiento, el gran criminal habrá terminado.

Sentía ganas de llorar. Pero comprendí que nadie podía hacer ya nada por Paul Curtis.

Tomé a Nelly en mis brazos, miré a Paul por última vez y dije:

—Buen viaje, amigo mío.

—Buen viaje, doctor McDowell —respondió. Y cerró la puerta tras de mí.

Corría hacia abajo con mi hija en los brazos, cuando detrás de mí se produjo una poderosa explosión. Pero yo no me detuve. Seguí corriendo hasta que llegué a mi coche. Nadie me detuvo cuando lo puse en marcha y escapé de allí.

Jonathan Curtis tenía razón: jamás pude demostrar que el potentado había cometido un secuestro.

Su hijo, Dana, se suicidó de madrugada, y el viejo se marchó a Miami.

Yo volví poco después al Sanatorio Psiquiátrico, donde actualmente soy el director.

En casa, Nelly apenas recuerda nada de lo que ocurrió aquella noche. Sólo Helen y yo guardamos memoria de aquellas trágicas horas.

Sin embargo, somos Felices y miramos el porvenir con confianza.

Todavía guardo en el archivo la Ficha de Paul Curtis. No quiero olvidar que hasta los más locos asesinos pueden tener increíbles rasgos de humanidad...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

NOTAS

[1] El arsénico se emplea como raticida. < <

[2] Estado de desorden mental progresivo en el que el enfermo pasa de la melancolía a la manía, de ésta al estupor, y por fin, a la demencia y al decaimiento físico. Va acompañado de los síntomas de los distintos períodos o períodos por los que pasa. < <